



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Máster

La diosa Cibeles en Roma: Una aproximación

The goddess Cybele: An approach

Autor/es

Pablo J. Limón Gual

Director/es

Francisco Marco Simón

Facultad de Filosofía y letras / Máster en Mundo Antiguo y Patrimonio Arqueológico

2017

Resumen

El culto a la diosa Cibele nació en el S. VII a.c. en Asia Menor (el templo más importante se encontraba en la ciudad de Pesinunte), y estuvo activo hasta el S. IV d.c., cuando Teodosio I proclamó el cristianismo como religión oficial del imperio romano, aunque en las provincias más periféricas el culto continuó unos años más (como por ejemplo Hispania donde encontramos restos de este culto aún en el S. V d.c.). La llegada a Roma de la diosa Cibele, se corresponde con un período de mucha necesidad, ya que se veía acorralada por la presión que ejercía Aníbal, durante la II Guerra Púnica. Cibele pronto fue aceptada por la sociedad en Roma, y fue reconocida como la *Magna Mater* del panteón romano. Era un culto muy institucionalizado, ya que junto a la imagen de la diosa (sin olvidarnos de Attis), vino toda una serie de ritos muy particulares como la eviración y su propia escuela sacerdotal, los *galli*. La relación de Cibele con el poder no siempre fue fácil, ya que durante la época republicana estaba prohibido que los ciudadanos romanos se convirtieran en sacerdotes de este culto, pero esto poco a poco gracias a las reformas llevadas a cabo por Claudio y sobre todo Antonino Pío cambió, ya que a partir de este momento, sí se les permitió a los ciudadanos romanos convertirse en sacerdotes de Cibele y se creó una nueva clase sacerdotal, los *archigallus*, sacerdotes supremos de este culto. Finalmente durante el período de Constantino, la importancia de este culto fue apagándose poco a poco, hasta que Teodosio I con el Edicto de Tesalónica, promulgó el Cristianismo como religión oficial del Imperio, prohibiendo los cultos paganos como el de Cibele, llevando a la destrucción de sus templos, como el existente en el Palatino.

Palabras clave: Cibele, eviración, *galli*, Antonino Pío, *archigallus*, Teodosio I.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, METODOLOGÍA Y ESTADO DE LA CUESTIÓN	2
1.ORIGEN, DE LA DIOSA Y SU INTRODUCCIÓN EN ROMA	6
Cibeles en Grecia.....	7
La llegada de Cibeles a Roma	8
2.EL TEMPLO DE CIBELES EN EL PALATINO	11
3.CIBELES Y LOS EMPERADORES	15
4.RITUALES Y FESTIVIDADES EN HONOR A LA DIOSA CIBELES	20
La Eviración	20
El Taurobolio.....	20
El Criobolio	23
Megalesias o Megalenses	23
5.LOS SACERDOTES DE CIBELES	23
Características principales de los sacerdotes de Cibeles	24
La iniciación al culto	25
6.ATTIS	28
7.REPRESENTACIONES DE CIBELES	33
Cibeles en las artes plásticas.....	33
Cibeles y su relación con otras divinidades.....	37
8.CIBELES EN HISPANIA	37
La fuente de Cibeles en Madrid.....	43
9.EL CRISTIANISMO Y EL CULTO A CIBELES	44
CONCLUSIÓN	46
BIBLIOGRAFÍA	49

INTRODUCCIÓN, METODOLOGÍA Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

La religión romana consistía, igual que entre los griegos, más en un conjunto de cultos que en un cuerpo de doctrinas. Había dos clases de cultos: los del hogar, que unían estrechamente a la familia, y los públicos, que estimulaban el patriotismo y el respeto al Estado. En la época imperial se añadiría el culto al emperador. En términos generales se trataba de una religión tolerante hacia todas las religiones extranjeras, pues los romanos acogieron a dioses griegos, egipcios, frigios (como en el caso de Cibeles), etc. También era una religión contractual, pues las plegarias y ofrendas se hacían a manera de pacto con los dioses, es decir, para recibir favores, y si el creyente entendía que la divinidad no le cumplía, dejaba de rendirle culto (Scheid 1991).

No es posible rastrear los orígenes exactos de la religión romana, puesto que no existen datos arqueológicos y documentos lo suficientemente fiables. Sin embargo, los orígenes míticos de la ciudad en el 753 a.c. están claros. Según Varrón en su obra perdida *Antiquitatum rerum humanarum et divinarum libri XLI* (que sirvió a los padres de la iglesia para entender cómo funcionaba la religión pagana romana), aparecen algunas confirmaciones aproximadas de la arqueología. De acuerdo con las versiones legendarias, no se puede decir que la religión romana sea “primitiva”, en tanto que los fundadores, venidos de Alba Longa, reivindicaron con el tiempo su origen ilustre (como descendientes de Eneas y pertenecientes, por tanto, a la tradición de los poemas homéricos) y se declararon colonos a las orillas del Tíber. No se puede decir tampoco que fuera una religión “inicial”, puesto que el lugar de la fundación, ya había sido frecuentado antes de la llegada de los fundadores, y de acuerdo con el mito, por los dioses latinos Marte y Juno, y en las orillas del Tíber, se levantaba un altar al héroe griego Heracles (que para los romanos pasaría a ser Hércules). Finalmente, tampoco se puede decir que fuera una religión “compacta”, puesto que, si bien es cierto que a Rómulo se le atribuyó la consagración de los lugares sagrados de Júpiter, será sólo Numa Pompilio, su sucesor, quien, según la leyenda, establezca una religión coherente. En síntesis, esta religión aceptaba lo procedente de tradiciones anteriores, se formaba como una construcción voluntaria, y por tanto, estable en sus esquemas, pero a la vez progresiva en lo teológico y capaz de acoger fuerzas divinas externas (Bayet 1984, 17).

Los dioses de Roma eran de origen latino y etrusco, a los cuales se sumaron con el tiempo divinidades griegas, egipcias, célticas y frigias adaptando los nombres y, en algunos casos, también los atributos. Los principales eran Júpiter, Juno y Minerva, y esta fue la Tríada Capitolina por mucho tiempo. Durante la República, Marte fue de los más importantes y adorados. Los cultos consistían en libaciones, sacrificio de animales, plegarias, etc. Cada acto público, el inicio o la terminación de una guerra, el triunfo en una batalla, etc., estaba vinculado a la celebración de una ceremonia religiosa (Carvajal 1977). Los cónsules tenían atribuciones no sólo civiles, sino también religiosas, de modo que la religión pública era una cuestión de Estado, tolerando, por otro lado, todo tipo de cultos privados, siempre y cuando no fueran en contra de los preceptos religiosos estatales. Ante todo, el culto público era un medio de comunión política que no sólo incluía a los ciudadanos romanos, sino que tendía un lazo de unión sobre la totalidad de pueblos que integraban el Imperio (Bayet 1984, 15). Para la mentalidad romana, cualquier acción individual o colectiva en la vida humana, implicaba la

participación activa o pasiva de las divinidades. El ámbito público no constituía ninguna excepción al respecto, sino todo lo contrario: los romanos atribuían a los dioses una presencia constante en cada una de las manifestaciones de la esfera política. Al respecto de esto escribió Valerio Máximo (*Hechos y dichos memorables 1, 1, 9*) lo siguiente:

“Nuestra ciudad consideró que todo tenía que ser puesto siempre después de la religión, incluso aquellas cosas que quiso adornar con el honor de la suprema majestad. Por eso, los romanos no dudaron en poner al servicio de los actos sagrados sus poderes, pensando que gobernarían los asuntos humanos siempre que los sometieran de manera correcta y constante a la pujanza divina”.

Desde los inicios de la religión romana, se siguieron con actitud conservadora los ceremoniales y sacerdocios originarios, pero integrando, en el curso de un desarrollo orgánico todo tipo de cultos extranjeros (Bayet 1984, 17). Desde la creación de la religión romana, hasta la implantación del cristianismo como religión oficial del Imperio, se experimentaron procesos de profunda transformación de los sentimientos religiosos. Los cultos orientales desempeñaron en este proceso un papel de extraordinaria importancia (Alvar y Martínez Masa 1995, 435). Algunos de los cultos más populares entre la población fueron el culto de la *Magna Mater* o Cibeles, de origen frigio en Asia Menor (actual Turquía), los cultos de Isis y Osiris, de origen egipcio, y el culto a Mitra de origen persa e indio.

En el siglo IV, cuando se produce la confrontación dialéctica radical entre el cristianismo y la religión romana, los cultos orientales mantendrán vigorosamente la oposición contra los cristianos. De este modo, las expresiones religiosas que en un principio fueron exóticas, se convertirán en paladines de la defensa del Estado tradicional pagano. Sin embargo, el cristianismo se considera una religión de origen oriental, y desde los padres de la Iglesia, se ha reconocido la herencia de los misterios orientales en los ritos cristianos (Alvar y Martínez Masa 1995, 435).

Las razones que me han llevado a elegir el culto de la diosa Cibeles en Roma como objeto del Trabajo de Fin de Máster son diversas, pero especialmente derivan de la curiosidad que siempre me ha suscitado la religión romana y sobre todo los cultos místicos. Me he decantado por este culto en particular, porque me parece muy curioso todo el sistema sacrificial que rodea a este movimiento, en especial el sacrificio de la eviración y todo lo que rodea a su sacerdocio. Llevado por esa inquietud, por saber y entender este culto y su historia, no dude en plantear el tema, cuando se dio la ocasión de hacer un estudio sobre este culto místico.

De acuerdo con todo lo expuesto anteriormente, mi objetivo general en este trabajo es presentar de una forma sintética y ordenada el culto a la diosa Cibeles en Roma. Para ello voy a intentar analizar las principales características y etapas que rodean a todo este movimiento religioso, y de este modo, intentar analizar sus festividades y rituales, como fue su llegada a Roma, cuál fue su origen, etcétera. En definitiva, tratar de saber qué nos dice toda esta información que he conseguido recopilar sobre el culto a esta divinidad.

El trabajo va a estar estructurado en 9 partes, cada una de las cuales tendrá sub apartados a su vez, en las que se intentarán abordar cuestiones generales necesarias para

contextualizar el trabajo y el culto a la diosa Cibeles, y otras específicas, que nos ayuden a caracterizarla. Así, tras esta introducción sobre el funcionamiento de la religión en Roma, abordamos en primer lugar la metodología utilizada para el estudio de esta cultura y cómo se encuentra actualmente el estado de las investigaciones. El cuerpo central del trabajo, pasa por la caracterización de los principios generales que representan a Cibeles, haciendo un repaso por sus orígenes y su evolución hasta la llegada a Roma, para seguidamente pasar a abordar distintos aspectos religiosos, como son sus rituales y festividades, sus sacerdotes o como es la iniciación para pertenecer a este culto místico. A continuación, comentaremos las distintas representaciones que tiene la diosa Cibeles en el arte, la relación existente tanto con Attis, como con los emperadores o con otros cultos, y haremos una pequeña visita por distintos territorios romanos como Hispania, para ver cómo se representaba a la diosa fuera del centro de poder romano. Por último, presentaremos a Cibeles en la actualidad y comentaremos unas conclusiones sumarias, que nos ayuden a cerrar y poner punto y final a este trabajo.

El estilo utilizado a la hora de las citas bibliográficas que encontramos en el trabajo, ha sido el sistema Harvard o autor–fecha, y el sistema que utilizaremos a continuación para la bibliografía, será el modelo Harvard, ya que desde mi punto de vista, es el procedimiento más cómodo y extendido en los estudios de Historia Antigua y Prehistoria.

En primer lugar, tras esta introducción, lo que quiero intentar es realizar un breve repaso a la historia de las investigaciones de Cibeles, tanto en el ámbito europeo como en el ámbito peninsular, ya que es el territorio en el que habitamos y donde se puede comprobar que también hubo influencia de la diosa madre en el territorio.

El tema del mito de Cibeles y Attis, ha sido tratado por muchos autores clásicos durante la Antigüedad, y de esta multitud de fuentes es de donde viene la confusión que se genera en torno al corpus mitológico correspondiente.

En cuanto a la historiografía reciente sobre el tema, el interés por el estudio de las religiones orientales en la Península Ibérica, se podría decir que empezó, con algunas excepciones, con Antonio García y Bellido en 1967, con la publicación de su obra, *Les Religions Orientales dans l'Espagne Romaine*, que se convertirá en referente para el estudio de éstas, y en la que el autor recogía todos los testimonios de religiones orientales encontrados en la Península Ibérica hasta el momento. A partir de esta obra, el tema fue tratado por varios autores, aunque es a partir de la década de los 70 del siglo pasado, cuando empieza a sobresalir el estudio sobre este tema. Es entonces cuando se publican los estudios de Manuel Bendala sobre la necrópolis romana de Carmona, en el que se encuentran varios testimonios de culto a Cibeles y Attis.

En la década de los 80, comienzan a publicarse los trabajos de investigación de Jaime Alvar, el que podría ser considerado actualmente el mayor experto en materia de los cultos orientales en la Península. Las investigaciones de Jaime Alvar se han centrado en la Protohistoria de la Península Ibérica, la colonización de griegos y fenicios en el Mediterráneo, y el mundo tartésico. Ha estudiado la religión romana, sobre todo la romanización de los dioses orientales, así como los procesos de transformación religiosa del mundo indígena peninsular en contacto con otros pueblos mediterráneos. Entre sus

publicaciones sobre el tema, destacan tres obras: *Cristianismo primitivo y religiones mistericas* (1995); *Los Misterios: religiones "orientales" en el Imperio Romano* (2001); y *Romanising oriental gods: myth, salvation and ethics in the cults of Cybele, Isis and Mithras* (2008).

A partir de la década de los 90 del siglo XX, se produce un considerable aumento de los estudios sobre estos cultos, especialmente desde mediados de la década. Ya en el nuevo milenio y en los últimos años, ha habido un cambio en el enfoque de la investigación sobre los materiales pertenecientes a estos cultos, estudiando algunas piezas que no habían sido consideradas como parte de éstos, o bien enfocando testimonios ya estudiados desde nuevas perspectivas, como por ejemplo desde la arqueoastronomía.

Esta sería la evolución de las investigaciones en territorio peninsular, pero no hay que olvidar el impresionante trabajo que realizó M. J. Vermaseren entre 1977 y 1989, con la realización del *Corpus Cultus Cybelae Attidisque*, compuesto de 7 volúmenes, en el que recogió toda la información referente al culto a estas dos divinidades que hay dispersa por todos los territorios que componían el Imperio Romano. En el 5º volumen de esta impresionante obra, se nos habla de los restos de Cibeles existentes en Hispania.

En el ámbito europeo, la recopilación de fuentes concernientes a su culto, fue realizada a principios del S. XX por Hepding y posteriormente fueron revisadas, en dos trabajos más recientes concernientes a Cibeles, por Borgueaud y Roller. La bibliografía relacionada con la Gran Madre es amplísima, por eso he decidido citar solamente alguno de los trabajos, empezando por el realizado por Graillet sobre el culto a Cibeles en Roma y en el imperio, para seguir progresivamente con otros más recientes como los de Vermaseren, Sanders, Lane o el más actual sobre Attis de Lancellotti.

En lo referente a distintas particularidades de su culto, destacan los trabajos de Lambrechts o Gasparro sobre la soteriología en el culto a Attis. El taurobolio, también ha sido objeto de estudios importantes como el realizado por Duthoy. Sobre la introducción de Cibeles en Roma, tenemos trabajos muy interesantes como los realizados por Alvar. Otro tema muy tratado por los estudiosos de Cibeles, ha sido el tema de los *archigallus*, ya que tanto Carcopino, como Graillet, como Lambrechts, defendían tres teorías distintas sobre la creación de este sacerdocio. Estas cuestiones fueron tratadas de nuevo posteriormente por Alvar y Baslez. Y las cofradías de los *cannophori* y *dendrophori*, son objeto de trabajo de Fishwick o de Rubio.

En cuanto al estudio social del culto, la referencia fundamental la constituiría la tesis de Schillinger. Y por último, tendríamos los trabajos de Sahin, Schwertheim y Wagner, que nos tratan los cultos de Asia Menor recogiendo una gran cantidad de ensayos.

A la hora de realizar este trabajo he tenido en cuenta los diversos tipos de evidencias que nos podemos encontrar, tanto las literarias, como las arqueológicas. Dentro de estas últimas, me he basado tanto en la epigrafía, como en la iconografía para entender mejor a esta divinidad.

1. ORIGEN DE LA DIOSA Y SU INTRODUCCIÓN EN ROMA

Cibeles es una diosa de origen frigio, un pueblo de estirpe indoeuropea que hacia el 1200 a.c. ocupó esta región de Asia Menor. Es una diosa–madre con una particularidad que la distingue del resto de diosas–madres, nos referimos a sus cultos orgiásticos y a los ritos sangrientos a los que se sometían sus sacerdotes, que eran conocidos como “Galos”. Su nombre en latín era *Kubele Cýbele*, aunque se le suele llamar *Magna Mater* o *Mater deorum* (Puente 2014, 13). Su equivalente romana era *Magna Mater*, la Gran Madre o *Idæa mater* («Madre del Ida», gran cadena montañosa en Asia Menor, que delimita la región de Troya. En él se situaba desde el siglo VI a.c., un santuario en honor a Cibeles, ya que se pensaba que desde esa posición los dioses olímpicos observaron el devenir de la guerra de Troya).

Su título, “Señora de los Animales”, que también ostentaba la Diosa Madre minoica, revela sus arcaicas raíces paleolíticas (Vermaseren 1977, 13). Es una deidad de vida, muerte y resurrección. Su consorte, cuyo culto fue introducido más tarde, era Attis. Se trata de una de las principales diosas de las antiguas culturas del Oriente Próximo. En la mitología griega también es conocida como *Δαμία (Damia)* (Vermaseren, 1977, 21). Se la representa con vestimentas frigias y una corona con forma de muralla. Porta las llaves que dan acceso a todas las riquezas de la tierra. Monta un carro que simboliza la superioridad de la madre Naturaleza, a la que incluso se subordinan los poderosos leones que tiran del mismo. En otras representaciones se sienta en un trono custodiado por las mismas bestias. Esta Diosa Madre fue honrada en todo el mundo antiguo. El centro de su culto estaba en el Monte Dindymon en Pesinunte, donde cayó el betilo cúbico y negro denominado *Kubele* que da origen de su nombre (Vermaseren 1977, 36 – 38).

Entre las distintas formas de invocar el nombre de la diosa existentes en los restos epigráficos, observamos que la forma principal es bajo la fórmula *Matri deum*, es decir, madre de los dioses. Sin embargo, este no es el único nombre que se utiliza para llamar a la divinidad, y tenemos inscripciones en las que se la llama *Magna Mater*, *Matri Terrae*, *Cybele*, o *Mater iussit animarum*. Estas formas tan distintas de denominar a la diosa, se mezclan en muchas ocasiones quedando como *Matri deum Magnae* o *Magnae divum matri*. Además, en algunas inscripciones, observamos que se hacen referencias al Monte Ida, en la actual Turquía, donde se habría asentado un santuario a la diosa Cibeles. Las referencias al origen frigio de la divinidad también se pueden encontrar en diversas inscripciones.



Fig 1 y 2. Ara de piedra hallada en Córdoba donde se puede leer perfectamente la forma *Matri Deum* para nombrar a Cibeles (Museo Arqueológico de Córdoba) y Ara de caliza hallada en Aldeonte (Segovia) donde se puede leer claramente la fórmula *Mater Iussit animarum* para referirse a Cibeles (www.hispaniaepigraphica.com).

1.1 CIBELES EN GRECIA

Aunque el tema que desarrollaremos a continuación, es todo lo relacionado con Cibeles y su culto en el mundo romano, no podemos obviar aunque sea de forma superficial la relación de esta divinidad con el mundo griego.

La primera noticia que tenemos sobre esta diosa, se debe a los poetas del siglo VI a.c. y gracias a ellos sabemos que a partir de estas fechas, su culto se extendió rápidamente por el Ática y el Peloponeso. Esto se debió principalmente a la emigración que se produjo en esos momentos desde Asia Menor, debido a que los cimérios, al huir de los escitas, se lanzaron a través del mar Negro, invadiendo Asia Menor y acabando con el poder frigio, lo que produjo que una gran cantidad de estos asiáticos migraran hacia Grecia, llevándose con ellos la figura de la diosa y su culto (Mitchell 1995).

En el siglo VIII a.c., el panteón griego está ya totalmente establecido, como podemos comprobar en las dos grandes obras que se escribieron en este período: *La Ilíada* de Homero y la *Teogonía* de Hesíodo. La incorporación de nuevos dioses en un panteón tan sólidamente constituido como era el griego, no se produce fácilmente. Lo que suele suceder con dioses provenientes de territorios extranjeros próximos, es que acaben identificándose con alguna deidad ya existente, y esto es lo que pasó con Cibeles. La mayoría de las veces la diosa Cibeles es identificada con la diosa Rea, esposa de Cronos y madre de los principales dioses: Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón y Zeus. Este proceso se conoce como Interpretatio en Roma, o theokrasis en Grecia (para saber más sobre este tema tenemos la obra editada por Colin, Hick y Vanséveren: Interpretatio. Traduire l'alterité culturelle dans les civilisations de l'Antiquité).

A parte de compartir el título de *Magna Mater* y Madre de los dioses, lo que hace que se identifique una con otra, es que en el culto de ambas, ocupa un lugar destacado el ruidoso cortejo que las acompaña. En el caso de la diosa Rea, los *Curetes* o *Coribantes* (eran los encargados de distraer al pequeño Zeus con sus danzas y de evitar mediante el sonar de sus escudos, que el llanto del recién nacido llegase a los oídos de su padre Cronos); y en el de Cibele sus sacerdotes castrados o Galos, que iban de procesión con la diosa en medio de ruidosa música y violentas danzas (Puente 2014, 13).

En el mundo griego, generalmente se suele representar a la diosa Cibele sentada en un trono con un amplio respaldo, flanqueada por dos leones con una patéra en la mano derecha y sosteniendo un tímpano (especie de gran pandera), con la mano izquierda. La habitual iconografía que encontramos de Cibele conduciendo su carro tirado por leones, se generalizó en el mundo romano y a ello contribuyo de una manera muy importante la narración que nos hace Ovidio del mito de Cibele (*Metamorfosis X*, 570 – 704). De una forma resumida, la historia es la siguiente:

Abandonada por su padre, que sólo quería hijos varones, Atalanta fue amamantada por una osa y recogida y criada por unos cazadores. Con semejante educación no es de extrañar, que al llegar a la juventud, se convirtiera en una cazadora, fiel seguidora de Artemisa, ignorando por completo a la diosa Afrodita. Decidió permanecer soltera, ya fuera por devoción a Artemisa o por miedo, ya que un oráculo le había predicho que si se casaba, acabaría convertida en un animal. Para disuadir a los múltiples pretendientes que la cortejaban, anuncio que sólo se casaría con aquel que consiguiera vencerla en una carrera, estableciendo como condición que el pretendiente derrotado perdería también la vida. Hipómenes, impresionado por la belleza de Atalanta, aceptó el reto pidiendo para esta empresa ayuda a la diosa Afrodita, la cual le proporciono tres manzanas de oro traídas del Jardín de las Hespérides. De esta forma, Hipómenes durante la carrera cada vez que se veía adelantado por Atalanta lanzaba una manzana a sus pies. Atalanta confiada en sus fuerzas y destreza y atraída por la manzana (quizás también enamorada de Hipómenes), se detuvo a recogerlas permitiendo de este modo que el joven Hipómenes ganara la carrera. Los jóvenes cometieron dos terribles errores: Primero, Hipómenes se olvidó de dar gracias a Afrodita por su ayuda, algo que enfureció a la diosa; y en segundo lugar los dos jóvenes mantuvieron relaciones en un santuario rupestre consagrado a la diosa Cibele, y la diosa ante este ultraje y enfurecida por semejante sacrilegio, les convirtió a los dos en leones, obligándolos a los dos a tirar de su carro, siempre juntos pero sin poder hablarse ni tocarse (Puente 2014, 14).

1.2 LA LLEGADA DE LA DIOSA CIBELES A ROMA

Esta diosa de origen frigio llega a Roma proveniente de Asia Menor en el 204 a.c. Cuentan algunas fuentes antiguas, como Tito Livio (*Ab urbe condita* XXIX, 10, 4), que los romanos, obedeciendo a una profecía que se encontraba en los Libros Sibílicos, enviaron a Pesinunte embajadores, con la misión de llevar a Roma la piedra sagrada.

“Cualquier enemigo extranjero que quiera atacar Italia, será derrotado cuando los romanos posean a la madre del Ida de Pessinunte”.

Según Aurelio Victor (*De viris illustribus* 46), la llevaron escoltada por cinco quinquerremes, que fueron recibidas por Claudia Quinta, la mejor entre las matronas romanas. Esta llegada se produce en un momento de gran necesidad para la República romana, ya que se encontraban inmersos en plena Guerra Púnica contra las fuerzas comandadas por Aníbal, el cual acechaba desde hacía un tiempo la capital del gran imperio romano. Inicialmente se colocó en el templo de la Victoria, en el suroeste del Monte Palatino y dentro del Pomerio (espacio sacro físico y simbólico de la ciudad en el que no tiene cabida ni los hombres armados ni los dioses extranjeros) (Alvar 2001, 186), donde esperó, hasta que en el año 191 a.c. finalizó la construcción de su propio templo.

El culto a esta divinidad tuvo un gran seguimiento, sobre todo hasta el final del período republicano. Los ciudadanos romanos no tenían el derecho a participar en el sacerdocio o en los rituales en honor a esta diosa madre, pero sí que participaban en el festival de la diosa (*Megalesia*). Se asocia a Cibeles principalmente con la fertilidad. También encarna la naturaleza salvaje (simbolizada por los leones que la acompañan). Se le atribuyó la curación de enfermedades y la protección de su pueblo durante la guerra (Alvar 2001, 187).

El problema de la llegada de Cibeles a Roma, afecta a la propia conformación de sus rituales, tanto desde sus dimensiones reales, como imaginarias. La imagen de la diosa que se trasladó hasta Roma, era una piedra meteórica sin rasgos antropomorfos, en la que se suponía que residía la divinidad. Esta piedra meteórica se conoce como betilo y por su origen estratosférico suele ser de color negro, y su forma redondeada, estimula su asociación con el miembro viril y con la fertilidad (Alvar 2001, 187). Esta inquietante morfología que tenía el betilo, produjo que a lo largo del tiempo, poco a poco, se fuera tallando hasta otorgarle rasgos antropomorfos y a la vez se fueran ritualizando sus ropajes y ornamentación hasta conseguir finalmente estatuas convencionales. De cualquier modo, el betilo que penetra en Roma, no es más que un símbolo de todo el complejo religioso que se instala paradójicamente en el interior del pomerio. El gran problema residió en que no se trataba únicamente de la llegada aislada de una diosa, sino de una diosa con todo su aparato doctrinal y litúrgico, donde los que lo transmitían y ejecutaban procedían de un sistema cultural muy distinto al romano, por lo que se asume que a estos últimos estas prácticas culturales les resultaban tan extrañas y abominables que terminaron por prohibirlas. Esto lo podemos deducir gracias a un texto de Dionisio de Halicarnaso (*Antigüedades romanas II, 19, 5*), donde se deja bien claro que nadie nacido romano puede, como consecuencia de un decreto senatorial, pasarse en procesión por la ciudad ataviado con el atuendo multicolor, pedir limosna, ni ir escoltado por los tañedores de flauta, ni tampoco puede venerar a la diosa siguiendo los rituales frigios.

Parece coherente pensar, que todo esto se precipitó con motivo de la inauguración del templo propio de la *Magna Mater* en el Palatino en el año 194 a.c., que produjo la instauración de fiestas y que se regulara el culto. Los pretores eran los encargados de organizar sus fiestas, pero los responsables del culto eran en su totalidad forasteros frigios castrados, lo que produciría algunas fricciones entre unas y otras formas de autoridad, es decir entre los responsables políticos y religiosos. Pero autores como Jaime Alvar, defienden que las restricciones que sufrió el culto frigio, estaban

ocasionadas por motivaciones distintas a la alienidad de sus rituales, ya que como dice este autor, dado el conocimiento recíproco entre Roma y el Oriente helenístico, resulta extraño asumir que el Senado Romano estuviera absolutamente desinformado sobre lo que suponía la introducción del culto anatolio en la ciudad, dadas las características de los ritos que, supuestamente, habrían de obligar a la posterior prohibición. La pretendida ingenuidad senatorial, no concuerda con sus procedimientos habituales. Si se produjo, pudo haber tenido otras causas diferentes. Pero, desde una perspectiva cultural, mayor extrañeza produce la necesidad de prohibir algo tan extraordinariamente repugnante para la mentalidad de los romanos. Si verdaderamente las prácticas frigias eran repudiadas, su prohibición sería perfectamente inútil, pues nadie en Roma acudiría en busca de alimento espiritual a un banquete destinado a un paladar ajeno (Alvar 2001, 187).

Jaime Alvar defiende la teoría de que esta disputa interestamental, producida por la llegada de la diosa a Roma, no es más que un intento por parte de la aristocracia romana (con su patrocinio formal), de mitigar la gran popularidad que había alcanzado la diosa frigia antes de su llegada a la ciudad, entre el pueblo llano. De esta forma, la inevitable aceptación que tuvo este culto en Roma, fue aprovechada por la clase dominante para situarse a la cabeza del cortejo, de manera que la intervención plebeya es casi totalmente eclipsada (Alvar 2001, 188). Pero esta “usurpación” realizada por la aristocracia romana, no elimina el profundo sentimiento plebeyo que se expresa en los nuevos juegos rituales importados. De esta forma, se puede explicar, que aun teniendo conocimiento suficiente de los ritos frigios, el Senado se ve obligado a aceptar el nuevo culto, ya que era un importante foco de identificación popular. De esta manera, la reelaboración aristocrática arrebató a la plebe el protagonismo sobre el culto a la diosa, de tal forma que el senado es el que apadrina la llegada. Por otra parte, se entiende que la plebe entusiasmada con la novedad, se manifiesta de forma efervescente, a pesar de los intentos aristocráticos por dominar el culto, provocando que el senado, al ser incapaz de doblegar a la plebe a través de la manipulación, ataja el problema con la violencia legal, es decir enjaulando a la fiera y relegando a la ciudadanía a la pasividad del espectador (Alvar 2001, 188).

De este modo, se comprende mejor la intransigencia y preocupación con la que veía la clase dirigente a este culto, ya que, como hemos dicho anteriormente, este culto provoca alteraciones convencionales como las celebraciones orgiásticas o sus prácticas de castración, que podían introducirse en la racionalidad religiosa y existencial de los “buenos romanos”. De esta forma, la *lavatio* a la que se somete la diosa en el río Almo a su llegada a la ciudad, no la priva de cuantas contaminaciones resultan sospechosas para la aristocracia romana. Este baño en el río Almo es una expresión simbólica del primer paso en el proceso de romanización de la diosa. El segundo paso será la legislación restrictiva, que a la misma vez manifiesta que ese proceso de integración del que hemos hablado anteriormente, no había sido tan intenso o acelerado como hubiera querido el grupo senatorial. Como dice Jaime Alvar, la resistencia divina abrió una senda hacia la marginalidad que el grupo aristocrático no podía tolerar. Y a partir de ahí, se reconduce el proceso de implantación del frigianismo en toda Roma, al ritmo que pretendía el grupo de los dominantes. Mientras esto sucedía, los misterios frigios mantenían vigorosos sus rituales, que se convierten en un referente ideológico persistente en la construcción del imaginario romano (Alvar 2001, 188).

2. EL TEMPLO DE CIBELES EN EL PALATINO

Era el principal templo de la ciudad de Roma dedicado a la figura de la diosa Cibeles. Hay que destacar que aun siendo una divinidad extranjera, el templo se construyó en el interior del Pomerio.

Cuando Cibeles hizo su entrada en Roma, era la diosa que viniendo del extranjero les había traído la victoria a los romanos, por lo que no es de extrañar que al principio la figura de la diosa se alojara en el templo de la Victoria. En el 204 a.c., le fue encargado al censor M. Livius Salinator y al cónsul C. Claudius Nerus, la construcción de un templo en honor a la diosa. Después de trece años de construcción, el templo fue finalizado y dedicado por el pretor Marco Junio Bruto, el 11 de Abril del año 191 a.c. Ocasión para la cual se instituyeron los *Ludi Megalenses*, que se celebraban entre el 4 y el 10 de abril frente al templo (Bartoli 1958). Las nuevas excavaciones de Pietro Romanelli en 1951, mostraron que apenas quedaba nada de este edificio. El aniversario de la inauguración de este templo se celebra anualmente. Se incendió en el 111 a.c. y el escritor Valerio Máximo (*Hechos y Dichos memorables 1, 8, 11*), nos cuenta que la estatua de Claudia Quinta que se encontraba en su interior, se salvó milagrosamente. Quinto Cecilio Metelo Numidico (el oponente de Jugurta), reconstruyó el templo en el año 110 a.c., aunque este edificio ardió nuevamente y no fue hasta la llegada de Augusto al poder, cuando se reconstruyó nuevamente, en el 3 d.c. (Hanson 1959, 82).

“Se pueden considerar también como milagrosos los siguientes hechos: que habiendo sido destruido por el fuego el santuario de los salios, sólo se encontró intacto el báculo augural de Rómulo; que la estatua de Servio Tulio no recibiera daño alguno en el incendio del templo de la Fortuna; que la estatua de Quinta Claudia, que se hallaba en el vestíbulo del templo de Cibeles, permaneciera en su pedestal sin ser tan siquiera tocada por las llamas, a pesar de que dicho templo fue pasto del fuego en dos ocasiones: la primera siendo cónsul Publio Násica Escipión y Lucio Bestia, la segunda bajo el consulado de Marco Servilio y Lucio Lamia”.

El templo de Cibeles está representado en un relieve, actualmente en la Villa Medici y que data de la época del emperador Claudio:



Fig 3. Fragmento del relieve del templo de Cibeles en el Palatino (Vermaseren 1977).

Este relieve es un fragmento de un *Ara Pietatis* que se encontraba en la *Via Lata*, como lo demuestra el profesor R. Bloch (Hanson 1959). Esto nos advierte del interés de los Claudio en el culto de Cibeles. Muestra el frente del templo, con las esquinas del frontón decoradas con estatuas de los Curetes portando sus escudos. Frecuentemente están en compañía de Cibeles. La Diosa misma está representada simbólicamente en el centro del frontón. Hay un trono con un cojín sobre el que se ha colocado la corona mural. Bajo el asiento hay un taburete y a cada lado del trono yace una figura con un brazo apoyado en una pandereta, y en cada esquina un león parado con su cabeza sobre un recipiente (Vermaseren 1977, 42 y 43).

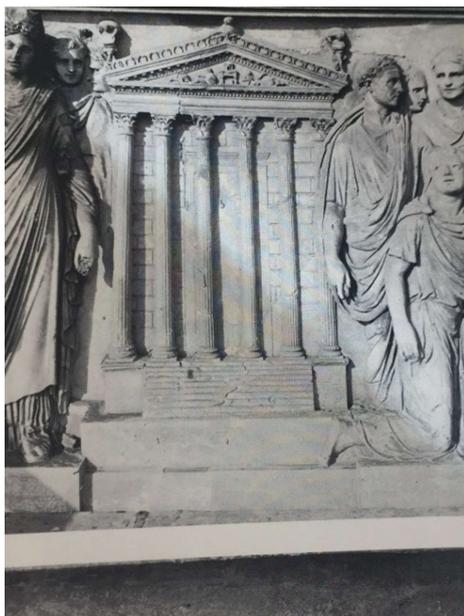


Fig 4. El templo de Cibeles en el Palatino en un relieve del *Ara Pietatis* (Vermaseren 1977).

Hoy en día, un visitante del Palatino, ve un podio alto que está siendo dividido por una encina. Las columnas se han derrumbado y los restos de los tambores están alineados en un lado, con una estatua de mármol de la Diosa, que está sentada en un trono flanqueado por dos leones. Unos cuantos altares con inscripciones, algunos del siglo II d.c., se levantan entre los restos. Frente al templo, cerca de los llamados Pasos de Cacus, son visibles los restos de un teatro, que fue utilizado principalmente para las fiestas de abril, las Megalesias (Hanson 1958).

El santuario fue utilizado hasta el siglo V d.c. El historiador Zósimo (*Historia Nueva V, 3*), narra la historia de Serena, hija de Teodosio el Grande, y esposa de su ministro, el vándalo Estilicón. Entró en el templo, quitó un hermoso collar de la estatua y lo colgó alrededor de su propio cuello. La última Virgen Vestal, una anciana, pasó por el templo, y reprendió a Serena con dulzura, señalando la naturaleza sacrílega de su acción (Ferguson 1970).

“Serena decidió entonces, haciendo escarnio de todo ello, visitar el templo de la Gran Madre y al reparar en que el cuello de la estatua estaba ceñido por un adorno en correspondencia con la dignidad del culto debido a aquella diosa, lo quitó de la estatua para colocarlo en su propio cuello y cuando una anciana, resto aún subsistente de las vírgenes vestales, le echó en cara esta impiedad, respondió de forma ofensiva y dio a sus acompañantes orden de expulsarla”.

La excavación de este templo, que comenzó ya en 1872, todavía no ha sacado a la luz el meteorito negro. De hecho, este palacio sagrado y sus alrededores nunca han sido examinados a fondo, aunque las excavaciones de 1952 han acercado algunas cuestiones a una solución, como la cuestión de Attis. Se suponía generalmente que el dios frigio no había sido adorado junto a Cibeles en el Palatino hasta el primer siglo d.c. Pero Romanelli ha encontrado un gran número de terracotas, que datan de la época republicana tardía (siglo I a.c.), que muestran muchas representaciones de este dios: sentado en la montaña en invierno; montando un carnero, etcétera. Esto demuestra que Attis disfrutó de adoración en el templo antes de lo que se pensaba, aunque es cierto que las pasiones oficiales del mes de marzo no se organizaron hasta el reinado de Claudio.

El gran templo del Palatino no es el único edificio sacro consagrado a Cibeles que encontramos en Roma, también tenemos la basílica Hilariana (se levanta en la colina opuesta al Palatino), que fue un santuario dedicado por el colegio de dendroforos de la Gran Diosa Madre, y de Attis a un tal Manius Publicius Hilarus. También tenemos un santuario en la orilla derecha del río Tíber, cerca del hipódromo de Calígula en la colina Vaticana, que era conocido como el *Frigianum* (sabemos de su existencia gracias a varias inscripciones realizadas sobre unos altares de mármol que datan del 305 d.c. – 390 d.c.). Según unas inscripciones encontradas en Lyon pertenecientes a la época del emperador Adriano, este centro habría sido muy importante en la época. En tercer lugar, tenemos también, según Tertuliano, un santuario de Cibeles en el Circo Máximo. Aunque no se encuentra en Roma, también encontramos un santuario en honor a la diosa Cibeles en el puerto de Ostia, ya que fue el lugar donde se recibió la imagen de la diosa por primera vez. Según algunos investigadores, este santuario fue levantado unos años más tarde que el gran templo del Palatino, pero no hay evidencias que prueben esta afirmación. Aunque siempre se ha presumido que se había levantado en época tardo republicana, la realidad es que los restos que encontramos, pertenecen a un templo de Cibeles construido en época del emperador Adriano.



Fig 5. Mapa de ubicación de la basílica Hilariana (Vermaseren 1977).

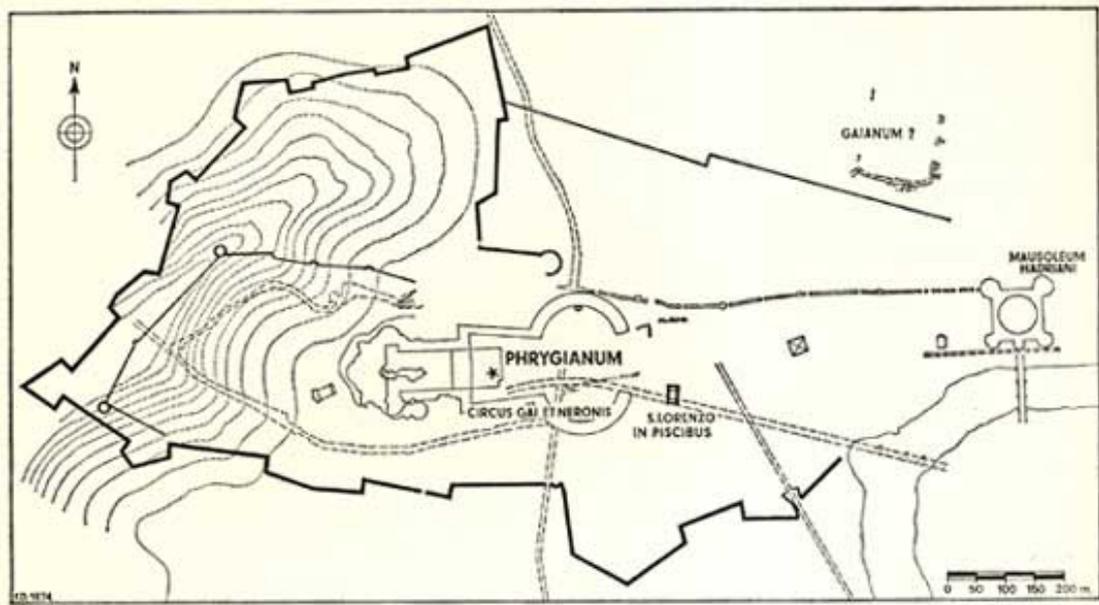


Fig 6. Mapa de ubicación del Phrygianum de Roma (Vermaseren 1977)

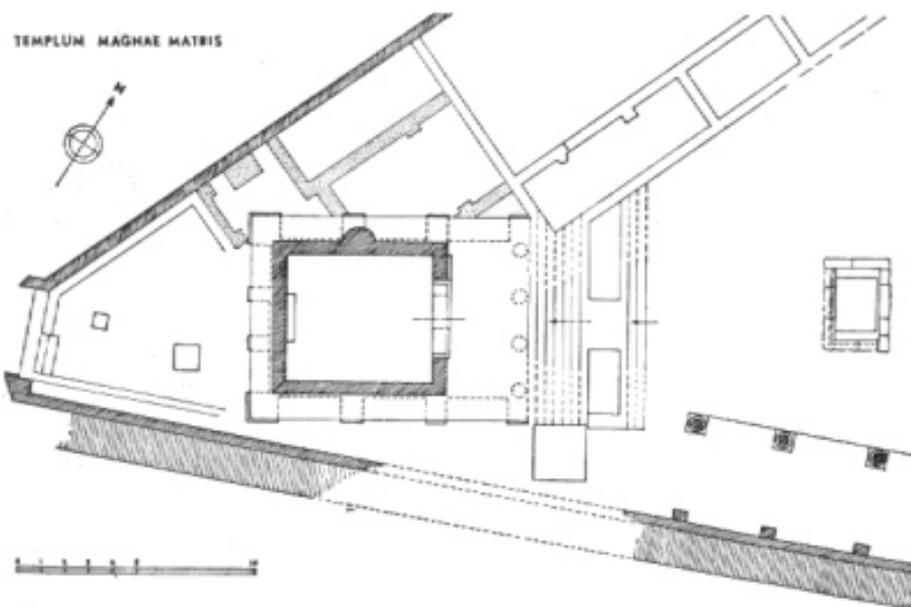


Fig 7. Templo de Cibeles en Ostia (www.celtiberia.net).

También encontramos edificios sacros y representaciones de Cibeles por el resto de Italia y el resto de territorios romanos, entre ellos Hispania (esto lo comentaremos más adelante).

3.CIBELES Y LOS EMPERADORES

En este apartado, veremos qué relación tuvo la diosa Cibeles a lo largo del tiempo con los distintos emperadores del Imperio romano hasta llegar a la época cristiana, donde se produjeron ciertos cambios que llevaron a la Diosa Madre a ser sustituida por la visión de la Virgen María en muchos lugares.

La naturaleza de las festividades en honor a Cibeles fueron diferente a la de Attis. Mientras que las festividades de abril (en honor a la diosa) eran fiestas “nacionales”, fijadas en el calendario romano, las fiestas de marzo, que conmemoraban principalmente el mito de Attis (aunque estaban incluidas en el calendario religioso oficial), estaban destinadas principalmente a los adoradores más fieles. Cibeles, sin embargo, fue registrada en los *Fasti* romano, porque fue reconocida como una Diosa nacional. Cuando llegó a Roma llegó como la Diosa que derrotaría a Aníbal, y como la Diosa de los antepasados troyanos de Roma (Alvar 2011). Los nobles querían que esta situación continuara, pero Cibeles introdujo a Attis, y con Attis vinieron los sacerdotes eunucos. A medida que Roma extendía gradualmente su contacto con Oriente, los orientales ganaban y aumentaban la influencia sobre Roma. El resultado de esta interacción fue que los rasgos específicamente orientales del culto, que los padres de la ciudad hubieran preferido restringir al templo de Cibeles, poco a poco comenzaron a extenderse más lejos: Attis se negó a ser confinado al Palatino. En el primer siglo a.c. su efigie había permanecido prácticamente dentro de los límites del templo de Cibeles, pero a comienzos del siglo I d.C se veía frecuentemente fuera de él, como en la llamada Basílica Pitagórica de Roma (Vermaseren 1977, 177).

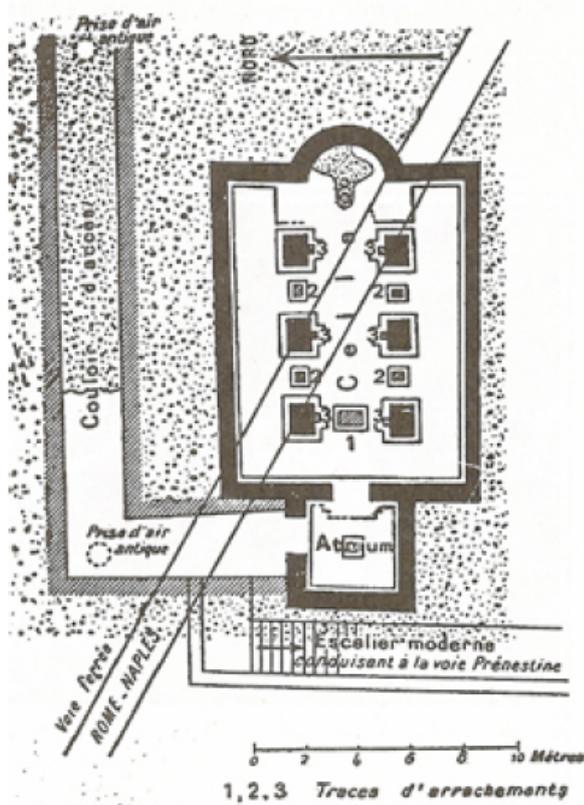


Fig 8. Planta de la basílica pitagórica de Roma (Momigliano 1963)

Sin embargo, la tendencia religiosa general del período republicano tardío era muy favorable para las religiones orientales. Mientras, César y Cicerón se adhirieron a sus propios dioses nacionales (Cicerón pudo incluso haber sido iniciado en los misterios eleusios, que elogió, como más tarde hizo Augusto). Los romanos toleraban a Attis porque, siguiendo la tradición de los siglos anteriores, seguían considerando a Cibeles como una Diosa nacional (Momigliano 1963). Pero esta tolerancia de la nobleza no indicaba la existencia de apoyo y cuando, en el inicio del imperio, Attis comenzó a tener mayor protagonismo, esta expansión de su culto no se debió ni a las clases altas ni a ningún rostro visible del estado romano. Por el contrario, la ambición del primer emperador, Augusto, había sido más bien él el que fomentó la tradición de los antiguos dioses nacionales, uno de los cuales era Cibeles; el nombre de Attis aparece sólo una vez en la biografía del emperador, e incluso entonces, en un amargo desprecio. El emperador restauró oficialmente el templo de Cibeles en el Palatino, vivió frente a su templo y, en consecuencia, frente a la Diosa Madre de Troya. Su esposa Livia, defendía esta política troyana haciéndose retratar como Cibeles con una corona mural en su cabeza. Hubiera sido impensable que Augusto hubiera llevado a sus nietos Gayo y Lucio César a esta propaganda. Se convirtieron en *principes inventutis*, pero no tenían ningún vínculo con el pastor de frigia Attis. Tampoco se encuentra Attis en ninguna de las monedas imperiales de la época de Augusto (Lane 1996, 85). La razón de esta discriminación oficial contra Attis a favor de Cibeles (con la que está tan estrechamente relacionado), debe ser que Attis en particular, era demasiado poco romano. Attis es sinónimo de un emasculado; la emasculación de muchos sacerdotes de Attis fue una indignidad en los ojos romanos. Y los cristianos no fueron ni los primeros ni los únicos en acumular abusos contra Attis y sus seguidores. Los primeros fueron los poetas romanos del primer siglo d.c., concentrados en contar sus aventuras amorosas. En este tiempo de paz, palabras como la guerra y la persecución representaban simbólicamente la indiscreción romántica. Por lo tanto, la relación de amor entre la experimentada Cibeles y el joven Attis podría haber sido apreciada, ya sea burlescamente, pero la triste parte de la historia, es la muerte de Attis como resultado de su auto-emasculación fatal, que no podía ser aceptada. Como mucho, la mayoría de los romanos, y ciertamente los más tradicionalistas, simplemente sintieron desprecio por los orientales que inundaron Roma con sus dioses extraños (Lane 1996, 87). Sin embargo, el Oriente ejerció una fascinación mágica en la cultura romana. Mientras Roma se llenaba de esclavos orientales y de soldados, había eruditos, poetas e investigadores que, por respeto a las civilizaciones antiguas de Egipto y del Cercano Oriente, trataron de conocer más sobre estos dioses orientales y sus mitos, y querían penetrar en su simbolismo oculto.

Se establecieron contactos con los sacerdotes, se recogió información sobre el Oriente en la literatura y, como se ve desde el hipogeo cerca de Porta Maggiore (fig. 8) en Roma, un nuevo Attis surgió en la primera mitad del siglo I d.c., una figura llena de simbolismo, pero con un número limitado de seguidores interesados en su culto (Lane 1996, 88). La casa imperial ya no podía ignorar a estas deidades orientales. Pronto quedó claro que la política religiosa del emperador Augusto y de su sucesor, Tiberio, para restablecer a las antiguas deidades nacionales su antigua gloria, era demasiado artificial, y no apelaba al sentimiento popular (Bailey 1956). Durante la primera mitad del primer siglo, el poder y la influencia de los dioses orientales crecieron a un ritmo cada vez mayor. Calígula, como es bien sabido, estaba tan amablemente dispuesto hacia los dioses egipcios que tenía una sección de su palacio en el Palatino amueblada con representaciones religiosas del país del Nilo. También se recuerda el hecho, de que los motivos egipcios que se encontraron recientemente en las habitaciones de la casa de

Augusto; formalmente propagaban la religión romana. Fue en privado, cuando se sintió intrigado por los cultos místéricos del antiguo Egipto (Rizzo 1936).

El emperador Claudio estaba profundamente interesado en la astronomía, y realizó algunas investigaciones científicas sobre la religión etrusca. Como miembro de la *gens Claudia* (que desde el principio se ocupó de la introducción de Cibeles en Roma), consideró como su deber dirigir las festividades de Attis en los canales correctos. La adoración de Attis iba a ser sometida a ciertas restricciones, y no se debía permitir que saliese de control. Las medidas de Claudio fueron aparentemente tan efectivas, que durante más de un siglo la casa imperial no tuvo necesidad de legislar más (Garzetti 1974, 106).

Bajo el emperador Nerón, otra influencia oriental tomó la delantera. Nerón estaba fuertemente influenciado por Grecia, y en particular veneraba al dios de la música, Apolo, a quién identificó con Helios (Dill 1956, 56). Pero aparte de este dios del sol griego también fue influenciado por el dios del sol iraní. Por otra parte la casa imperial se introdujo oficialmente por primera vez al culto de Mitra, a través de la ceremonia oriental que acompañó la entronización de Tiridates de Armenia como vasallo de Roma (Gage 1968). Además, Nerón construyó su casa de oro con muchas cúpulas, que estaba destinado a superar los palacios orientales; aquí el culto de un dios sol como un gobernante del cosmos jugó un papel predominante (Grimal 1972, 225).

Pero Nerón fue demasiado lejos con esta política, y después de él, otros gobernantes también perjudicaron su reputación debido a esta política, que intentó levantar el sol a una deidad central que debía unir a los pueblos del este y del oeste. Vespasiano volvió a ser un soberano nacional que simulaba los cultos antiguos, pero que seguía vivo para las necesidades contemporáneas y en ocasiones había restaurado los templos de Cibeles en casa y en el extranjero (Beaujeu 1955, 47). Además, mostró un gran interés por el dios egipcio Serapis. Sin embargo, esta política no fue continuada por Domiciano (a quien le gustaba Nerón), que quería simbolizar toda la potencia dominante de Roma a través de un suntuoso palacio oriental. Este emperador ha sido a menudo identificado como la bestia del imperio que aparece en la descripción del Apocalipsis de San Juan (*Revelaciones XIII 2, 15, 16 y 18*), y la gran ramera de ese mismo visionario que se sienta sobre una bestia de color escarlata con su boca abierta (se dice que es la boca de un león), es nada menos que la Diosa Cibeles. El número 666 encajaría con Attis, así como con el dios emperador. Pero esta hipótesis ha sido correctamente cuestionada y es difícil de probar.

“Y la bestia que vi, era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dió su poder, y su trono, y grande potestad.

Y engaña a los moradores de la tierra por las señales que le ha sido dado hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que hagan la imagen de la bestia que tiene la herida de cuchillo, y vivió.

Y hacía que a todos, a los pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se pusiese una marca en su mano derecha, o en sus frentes

Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia; porque es el número de hombre: y el número de ella, seiscientos sesenta y seis.”

El segundo siglo fue inaugurado por ese poderoso general y emperador que fue el hispano Trajano. Hacia las religiones orientales era tolerante, aunque un poco indiferente. En su perspectiva personal, era un campeón de la tradición nacional, pero dejó a otros libertad con respecto a sus puntos de vista, siempre y cuando éstos no chocaran con la ley romana (Beaujeu 1964, 68). Su sucesor Adriano, en general, siguió una línea similar. Como él mismo era un gran admirador de las civilizaciones griega y egipcia, las religiones derivadas de estos territorios prosperaron considerablemente durante su reinado (Den Boer 1955, 44). Pero Adriano procede prudente y juiciosamente con respecto al culto extranjero egipcio, especialmente en la propia Roma, donde prefirió no ofender las tradiciones. Por la misma razón, fue extremadamente cuidadoso con respecto a Attis y su ritual exótico, aunque su política no fue evitar Attis y favorecer a Cibeles (Beaujeu 1955, 58). Su reinado fue testigo de la aparición de Cibeles en la acuñación imperial romana. La diosa está en las monedas, sentada sola en su trono con un león a sus pies. En el este ya se habían realizado monedas similares, pero ahora se daban allí en gran número. Tanto en Roma como en el este, las monedas de Cibeles fueron emitidas en relación con Sabina, la esposa del emperador, o con la deificada Plotina, esposa de Trajano (Beaujeu 1964, 70).



Fig 9. Denario del 141 d.c. donde se representa a Cibeles sentada en su trono (wwwmitología.com)

Durante el reinado de Trajano, en el año 114 d.c., y más tarde en el 134 d.c., bajo Adriano, se produjo el *taurobolium* de Puteoli. Poco después, este rito debió haber entrado con fuerza en la capital, porque bajo Antonino Pío, el culto fue reorganizado para regular los ritos del *taurobolium*, así como el oficio del *archigallus*. Además, a diferencia de su predecesor, Antonino Pío se declaró abiertamente a favor de la adoración de Cibeles y de Attis juntos, y por lo tanto ya no trató de apartar la adoración a Attis. Jean Beaujeu ha destacado enfáticamente que, junto con los distintos tipos de monedas en las que Cibeles está representada por sí sola, también hay otros temas en los que se representa a Attis (Beaujeu 1964, 74). Sobre una de estas monedas, realizada después de la muerte de Faustina la Mayor, la leyenda dice: *Matri deum salutari*, a la saludable madre de los dioses. Graillet en su obra *Ancient Roman religion*, destaca la función escatológica de Cibeles, y sacó la conclusión de que la emperatriz había sido iniciada en los misterios de Cibeles.



Fig 10. Moneda de Faustina la Mayor (Vermaseren 1977).

El rito del *taurobolium* fue ahora oficialmente reconocido, y los que se sometieron a esta ceremonia, lo hicieron en gran medida para beneficio del emperador. Para estimular este rito, se emitió incluso un decreto imperial para que se pudiera obtener el permiso de tutela, ofreciendo un *taurobolium* en el templo, cerca de Ostia, bajo la autoridad del *archigallus*. En pocas palabras, Antonino Pío favoreció al culto de Cibeles a tal extremo, que prosperó ampliamente en los siglos venideros, hasta la desaparición final de todos los cultos orientales a finales del siglo IV d.c. Un patronazgo similar se encuentra durante el reinado de Septimio Severo, que también mantuvo un respeto especial hacia Mithra y los dioses egipcios.

El tercer siglo fue testigo de la intensificación gradual de la lucha entre el cristianismo y los otros cultos, como si fuera el prelude de la contienda final. Heliogábalo, y Aureliano más tarde, se esforzaron por lograr una victoria para el culto de *Sol invictus*, como el poder unificador y protector del imperio. En el siglo IV, Constantino logró el triunfo final, cuando *Sol Invictus* fue puesto al servicio del cristianismo (Momigliano 1963, 47). Sin embargo, antes de que los cultos orientales se silenciaran para siempre a finales de este mismo siglo, hubo dos reacciones violentas. Primero, bajo el emperador Juliano, junto con su círculo de neoplatónicos, intentaron (en términos profundamente conmovedores) explicar simbólicamente las figuras de Cibeles y Attis. En segundo lugar, un último esfuerzo para preservar todos los cultos orientales, fue hecho por el círculo de Symmachus, al que se habían unido muchos aristócratas e intelectuales, debido a que como una vez el emperador Trajano había mostrado tolerancia hacia los cristianos, ahora querían que el emperador fuera tolerante con la religión tradicional romana (Barrow 1973, 384). Exigían libertad de visión religiosa, pero el senador romano Symmachus perdió la batalla contra Ambrosio, obispo de Milán, y así este último hizo a Teodosio, y no a Constantino, el conquistador final de los cultos no cristianos. La estatua de Victoria, una vez erigida por Augusto en el Senado, fue removida de una vez por todas; ya no se pondría la fe en los dioses ancestrales que hasta entonces habían protegido a Roma y la habían salvado de la ruina total. Había llegado una nueva era (Momigliano 1963, 55).

4. RITUALES Y FESTIVIDADES EN HONOR A LA DIOSA CIBELES

4.1 LA EVIRACIÓN

Esta celebración en honor a la diosa Cibeles, se celebraba entre el 15 y el 28 de Marzo y se conocía como Día de la sangre o *Dies Sanguinis* (Para más información sobre este tema consultar el libro del profesor Marvin Meyer *The ancient mysteries: a soucerbook: sacred texts of the mystery religions of the ancient mediterranean world*, 113 – 114). Durante estos días, los sacerdotes de la diosa Cibeles, se autoazotaban hasta sangrar, rociando la sangre sobre las estatuas y los altares de los santuarios consagrados a esta diosa, mientras que otros se castraban a sí mismos en memoria e imitación de la emasculación que realizó Attis, dios de la vegetación, amado de Cibeles. Estos actos tan dolorosos, como diría el profesor Marvin Meyer, permitían a sus fieles identificarse con su dolor y su muerte (Alvar 2001, 189).

El ciclo de esta celebración comenzaba el día 15 de Marzo con la entrada de la caña por los *cannephor*, en conmemoración de una siega sacrificial y daba así comienzo un ayuno que terminaba el Día de la Sangre (24 de Marzo). El día 22 de Marzo se procedía a la entrada en procesión de un pino por los *dendrophori*, permaneciendo en el exterior del templo, donde era adorado como un dios símbolo de Attis, hasta que el día 24 de Marzo se introducía en el interior del santuario (Alvar 2001, 189). Ese día, donde la significación de la sangre era tan importante para el ritual y debido a que el emperador Domiciano prohibió la castración, fue sustituido por el ritual del *Taurobolio*, donde se sacrificaba un toro para obtener de su sangre el elemento para proceder a un bautismo, que confería al devoto, una nueva vida (Alvar 2001, 190). El día 25 de Marzo, se celebraba el “Día de la alegría” y de la conmemoración de la resurrección del amado Attis, que además al realizarse el primer día en que las horas diurnas superaban a las de la noche, traía alegría y esperanzas renovadas. Esta fiesta, celebrada en Primavera, llegaba a su fin tras un día muy necesario de descanso (26 de Marzo) y un último día de celebración (27 de Marzo), donde se bañaba la imagen de la “Gran Madre” en el río Almo, para purificarla.

4.2 EL TAUROBOLIO

Junto al ritual de la eviración, el ritual del taurobolio o del sacrificio del toro, es el otro gran componente ritual que encontramos dentro del frigidianismo. Si la eviración afectaba de modo directo al comportamiento individual, el taurobolio ha sido concebido tradicionalmente por las fuentes como un gesto de participación colectiva, independientemente de si era individualmente costado y de que sus beneficios se destinaran a una persona en particular (Alvar 2001, 197). Como indica su referencia etimológica, en un principio significaría la caza de un toro salvaje para un sacrificio ulterior a una divinidad, pero con el paso de los años, el término designó el degüello de un toro y el baño en la sangre del toro conforme a un ritual determinado.

Tenemos una relativamente amplia información sobre las particularidades del rito y su finalidad basándonos en fuentes literarias y epigráficas:



Fig 11. Altar taurobólico, Lecture (Francia) (www.taurobolium.com)

Una de las más importantes, es la descripción que hace del rito Prudencio en su *Peristhepanon* (X, 1006 – 10050). Según este autor, el iniciado penetraba desnudo de cintura para arriba, en una fosa que se cubría a continuación con una plancha con orificios. El oficiante se ponía encima y mataba al toro con un *harpe*, cuya sangre era recibida por el iniciado sobre su cabeza. Terminado este rito, los asistentes aclamaban al *mystes* como un hombre nuevo (Alvar 2001, 197). El simbolismo está claro, el bautismo de sangre confería una nueva vida, significaba la transferencia a un orden existencial superior, ajeno al imperio de la fortuna, trascendente a la corrupción y a la muerte (el iniciado se conoce como *renatus in aeternum*). Tenemos también en las fuentes y en las inscripciones que este rito debía repetirse a los veinte años, pero no sabemos si esta ceremonia era definitiva.

“He aquí estoy presto al examen; esa sangre es mía y no de vaca. ¿O es que piensas, miserable tirano, que es ésta aquella sangre sagrada de vuestro buey, en la que os bañais, después de la matanza? El sumo sacerdote abre una fosa en la tierra y se introduce en lo más profundo para hacer el sacrificio: luego de ceñir sus sienes con bandas admirables y festivas, se adorna de corona de oro, vistiendo su toga de seda, ceñido con el cinto de Gabeis. Pónenle encima un tablado extendido y agujereado en sus maderas. Cortan y afinan la superficie. Perforan muchas veces las maderas con agujones para dar paso franco a los múltiples y pequeños agujeros. Traen entonces un toro de torva y erizada frente, adornada de guirnaldas, sujeto de lomos y cuernos. Brilla con él, el oro propio de las víctimas, y el oro de las brácteas despide fulgores como saetas. Después de colocar la bestia en este lugar para inmolarla atraviesan su pecho con el venablo sangrante. La ancha herida vomita una oleada de sangre caliente, y en los entresijos de este mar que cae, se funde un río de vapores humeantes. Por los mil caminos de los mil agujeros llueve este putrefacto rocío. Hundido el sacerdote debajo del foso recoge las gotas, poniendo su cabeza, su vestido y todo su cuerpo. Échase luego

de espaldas para ofrecerle su cara. Preséntale las mejillas; luego, las orejas; después, narices, labios y ojos hacia el líquido y no perdona ni lengua, hasta embeberse todo en negra sangre. Al endurecerse el cadáver desangrado, los flámines lo apartan del tablado. Salía allí entonces el pontífice de terrible aspecto. Muestra su cabeza mojada, su pesada barba, sus bandas humedecidas, sus vestiduras borrachas de sangre. Odioso de tales contactos, sucio de la pestilencia del fresco sacrificio, de lejos y con respeto, todos le saludan y reverencian, porque la sangre vil de un toro muerto lavó a aquél mientras estaba oculto en la fea caverna”.



Fig 12. Representación de un Taurobolio (Turcan 2013)

Como he dicho anteriormente, el testimonio de la epigrafía es de un valor incalculable, ya que es importantísima para la cronología del rito y para su distribución geográfica. Aunque completa el testimonio que nos dan las fuentes literarias, plantea ciertos problemas de difícil solución. Junto a las taurobolia individuales, cuya finalidad es la que hemos expresado anteriormente, había otros que se hacía en beneficio ajeno (*pro salute, pro salute et reditu, pro salute et incolumitate*), de una persona (en muchos casos el emperador, un gobernante un deudo, etcétera) o de una corporación, como ocurría de igual modo con los sacrificios (Alvar 2001, 190).



Fig 13. Taurobolio en honor al emperador Alejandro Severo hallado en Córdoba (Alvar 2011)

“Por la salud del emperador, nuestro señor, Marco Aurelio Alejandro Severo, pío feliz y Augusto. Publio Fortunato Talamas realizó un taurobolio y Coelia Iauitaria un criobolío, actuando como sacerdote Ulpio Helias”.

4.3 EL CRIOBOLIO

Es el sacrificio ritual de un carnero en honor a Attis y a Cibele. Parece haber sido una ceremonia especial instituida después de la llegada de estas divinidades y por la analogía que tenía de los taurobolios, que se realizaban en honor de la diosa. Esta ceremonia intentaba darle mayor reconocimiento a la figura de Attis, dentro de la dualidad que el formaba con la Madre. No hay evidencias de su existencia ni en Asia ni en Italia, antes de que el taurobolio cobrara importancia (después del 134 d.c.). Cuando se realizaba un criobolío, la petición iba dirigida tanto a Attis como a Cibele, mientras que cuando se realizaba el taurobolio, solo se dirigía la plegaria a la diosa. La celebración de los criobolios estaba tan generalizada, que en muchos casos (al ser más barata), se realizaba en lugar del taurobolio. Los detalles y efectos de la ceremonia fueron sin duda muy parecidos a los del taurobolio (Duthoy 1969, 60 – 62).

4.4 MEGALESIAS O MEGALENSES

La Megalesias eran unas fiestas que se celebraban en Roma en honor de la diosa Cibele, desde el 4 de Abril hasta el 10 de Abril. Tanto en Asia Menor como en otras zonas, también se celebraban fiestas de este nombre.

En Roma se instauró a partir del 204 a.c., cuando se produjo la llegada de la diosa frigia hasta la ciudad. Se instituyeron también los juegos megalesios, en los cuales las matronas romanas danzaban ante el altar, y los sacerdotes asiáticos que se encargaban del culto, organizaban solemnes procesiones, en las cuales los sacerdotes frigios, vestidos con llamativos hábitos y con la imagen de la diosa representada en el pecho, sacaban del templo la piedra sagrada, acompañándola de extraños y ruidosos instrumentos (Alvar 2001, 211)

La institución de esta festividad coincidió con el apogeo en Roma del arte dramático, donde uno de los principales elementos fueron las obras escénicas, a las que luego se añadieron los juegos circenses. Al culto de Cibele se unió el de Attis, dando origen de este modo durante el Imperio, a una fiesta especial que se celebraba en Marzo, durante el equinoccio. El episodio principal de esta fiesta lo constituía la procesión del pino sagrado, que llevaban los dendróforos, colegio sacerdotal, que igual que los sacerdotes galos, estaban dirigidos por magistrados y presididos por el gran sacerdote de Cibele (Alvar 2001, 211).

5. LOS SACERDOTES DE CIBELES

Los sacerdotes consagrados a la diosa Cibele, eran conocidos como Galos o *Galli*. Hay dos teorías que nos explican porque este nombre. Según algunos autores antiguos, como Luciano en *Sobre la diosa Siria XLIV* (describe cómo eran las ceremonias de iniciación de estos sacerdotes), tomaba este nombre de un río de Frigia, región que como ya hemos dicho anteriormente, era la que más veneraba a esta divinidad, llamado *Gallus*, cuyas aguas según la tradición volvían frenéticos a los que la

bebían. Otros autores, como el profesor Squarciapino en su obra *I culti orientali ad Ostia*, consideran que el nombre deriva de *Gallus*, el primer sacerdote de esta divinidad.

5.1 CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES DE LOS SACERDOTES

Estos *galli*, tenían la obligación de guardar el celibato, y a fin de cumplir mejor este precepto, en muchos casos se hacían eunucos voluntariamente, similares a otras escuelas sacerdotales de Asia Menor, tales como los sacerdotes de Atargatis, descritos por Apuleyo (*Metamorfosis VIII 27 – 28*) y Luciano o los *galloi* del templo de Artemisa en Éfeso (Vermasere 1977, 67). Solían celebrar las fiestas en honor a la diosa, llevando su simulacro por las calles, dándose golpes en el pecho, haciéndose incisiones en los brazos y danzando al son de las flautas, címbalos y tambores de tal manera, que el pueblo creía que estaban poseídos o llenos de un furor divino (Vermasere 1977, 67).

“El día siguiente se vistieron con telas de colorines, se disfrazaron ridículamente y después de embadurnarse la cara con arcilla y pintarse el cerco de los ojos, salieron a la calle, llevando por sombrero pequeñas mitras y envueltos en mantos amarillos, unos de seda, otros de lino. Algunos llevaban túnicas blancas, abigarradas, con rayas rojas y bien ceñidas al cuerpo. Todos ellos usaban zapatos amarillos. Cargaron sobre mí la diosa, envuelta en una tela de finísimo tejido, y recogiendo sus mangas hasta la espalda, levantaron en alto grandes cuclillos y hachas, brincando como locos, pues el sonido de la flauta excitaba más aún su frenesí. Después de pasar por delante de malas chozas, llegamos a la casa de campo de un opulento propietario y a la puerta de la misma iniciaron el más espantoso escándalo. Entregáronse a fantásticas evoluciones, dejando caer la cabeza atrás, volviendo el cuello en todos sentidos, el cabello suelto al aire y gritando desaforadamente. Se muerden unos a otros y, finalmente, se clavan todos el cuchillo en el brazo. Sin embargo, uno de ellos se distinguía de los demás por sus desordenadas locuras. A cada momento dejaba escapar del pecho profundos gemidos, como si en un momento de inspiración, no pudiese retener el divino soplo que le dominaba, y hacía como si esto le provocase un violento delirio, como si la presencia de los dioses no tuviese por efecto dar bienestar a los mortales y no comunicarles malhumor o enfermedades. Ved, por lo demás, cómo fueron recompensados sus méritos, gracias a la divina Providencia. Se acusó a sí mismo, con mentirosas divagaciones, de haber cometido sacrilegas indiscreciones y anunció que iba a castigar debidamente con sus propias manos tan criminal acción. Tomó un látigo especial, que usan estos degenerados (hecho con cordones de lana retorcidos, que terminan en unos huesos de carnero, a manera de nudos), y con él se azotó enérgicamente, oponiendo al dolor de este suplicio una firmeza verdaderamente maravillosa. Las heridas de los cuclillos y las llagas de los latigazos cubrieron el piso de sangre, cosa que me causaba viva inquietud, pues temí que la diosa extranjera no sintiera avidez de sangre de asno, como hay hombres que apetecen leche de burra. Finalmente, fatigados de destrozarse así, suspendieron tanta carnicería, para recoger en los pliegues de sus vestidos las monedas de cobre y alguna de plata que el público les arrojaba. Algunas almas compasivas les obsequiaron con vino, leche, queso, trigo, harina y cebada para el portador de la diosa. Llenaron los sacos que a prevención llevaban y los endosaron a mis espaldas; de manera que, agobiado por la doble carga, era yo a la vez un granero y un templo ambulante”

El jefe o gran sacerdote de los *Galli*, se llamaba *archigallus* y gozaba de muchas distinciones. El último día de Marzo, el *archigallus*, acompañado del resto de los ministros de su religión, conducía la estatua de Cibele a la confluencia del río Almo y

del Tíber, donde bañaban la representación de la diosa con sus aguas, en memoria de una ceremonia igual que se practicaba en Frigia, antes de que la diosa fuera llevada a Roma (Vermaseren 1977, 68).

Los primeros *galli*, llegaron a Roma cuando el senado romano adopto oficialmente a Cibele como una diosa estatal en el 203 a.c. Hasta el siglo I d.c., los ciudadanos romanos tenían prohibido hacerse *galli*, pero sin embargo, bajo el reinado de Claudio se levantó esta prohibición.

Es difícil encontrar más información sobre ellos, dada la persecución que sufrieron los seguidores de Cibele y otras deidades paganas, tras el edicto teodosiano del año 391 d.c. (*Código teodosiano 16, 1, 2*).

“Queremos que todos los pueblos que son gobernados por la administración de nuestra clemencia profesen la religión que el divino apóstol Pedro dio a los romanos, que hasta hoy se ha predicado como la predicó él mismo, y que es evidente que profesan el pontífice Dámaso y el obispo de Alejandría, Pedro, hombre de santidad apostólica. Esto es, según la doctrina apostólica y la doctrina evangélica creemos en la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo bajo el concepto de igual majestad y de la piadosa Trinidad. Ordenamos que tengan el nombre de cristianos católicos quienes sigan esta norma, mientras que los demás los juzgamos dementes y locos sobre los que pesará la infamia de la herejía. Sus lugares de reunión no recibirán el nombre de iglesias y serán objeto, primero de la venganza divina, y después serán castigados por nuestra propia iniciativa que adoptaremos siguiendo la voluntad celestial”

Todos sus templos fueron destruidos, con órdenes de no ser reconstruidos jamás (a diferencia de otras ocasiones donde se transformaban estas construcciones no cristianas, en territorio sagrado). Como resultado de todo esto, los únicos registros que se conservan de los *galli* vienen de historiadores y archiveros. La precisión de tales registros es con frecuencia dudosa, debido a los prejuicios de género de casi todos los escritores antiguos.

También encontramos la existencia de sacerdotisas de Cibele, eran conocidas como *kernophorai* y eran las encargadas de llevar el *kernos*, un recipiente utilizado en los ritos taurobólicos. Por ejemplo, encontramos referencia a una *cernophora* llamada Flavia Tyche, quién probablemente sería de origen griego o liberto, en función de su onomástica. Podríamos decir, que esta referencia es la única que encontramos (al menos en territorio hispano), que hace referencia a este tipo de sacerdotisa.

5.2 LA INICIACIÓN AL CULTO DE CIBELES

A partir de una lectura de Firmico Materno (*De errore profanorum religionum XVIII, 1*), realizada por el profesor Loisy en su obra *Les mystères païens*, el iniciado en el culto de Cibele era llamado *moriturus* que significa “el que va a morir”. De ser esto correcto, existiría el total convencimiento de que la iniciación en el culto, llevaba aparejada una muerte imaginaria, que conducía a la nueva vida, de la que encontramos elementos como cuando Salustio (*De diis IV, 10*) afirmaba que los que simulaban su muerte se alimentaban de leche. Como si de recién nacidos se tratara:

“Celebramos una fiesta con los pasos siguientes: en primer lugar, puesto que nosotros también somos caídos del cielo y convivimos con la Ninfa, permanecemos en la postración y nos abstenemos de pan y de cualquier otro alimento pesado e impuro, pues unos y otros son contrarios al espíritu. A continuación, la tala del árbol y el ayuno representan nuestra mutilación para el avance de una generación posterior. Después de todo esto, la alimentación con leche es como un renacimiento. Finalmente, las alegrías (*hilaria*), y las coronas y la ascensión hacia los dioses”.

En este texto de Salustio, queda bien reflejado el rito de tránsito que supone la iniciación en el culto a Cibeles. Renunciar a la vida pasada es un acto de la voluntad que requiere una purificación, ya que, la iniciación, representa la ruptura con un estilo de vida, y consiste en aceptar la impotencia de forma sumisa, expresando de este modo la humildad ante la Madre de los dioses. Esta muerte simbólica permite la obtención de un nuevo estado, cargado con una ética fortalecida mediante la iniciación y la comunión divina (Alvar 2001, 206). Actualmente no poseemos ningún tipo de texto que describa el rito en los misterios frigios, pero sí que conservamos una especie de oración que presenta sin ninguna duda la fórmula iniciática a este culto. Se trataría del texto escrito por Clemente de Alejandría (*protréptico II*, 15, 3), en el que podemos leer “He comido en el timbal, he bebido en el címbalo, he llevado los basos sagrados, he penetrado tras la cortina del tálamo nupcial”. Fírmico Materno (*De errore profanorum religionum. XVIII*, 1), introduce una interesante variación, sustituyendo “he penetrado tras la cortina del tálamo nupcial” por “me he instruido profundamente en los misterios” y de nuevo repite la fórmula dicha por Clemente de Alejandría (*protréptico II*, 15, 3) pero en griego. Muchos estudiosos han considerado estas sustituciones como variantes o errores de transmisión, pero otros investigadores como Jaime Alvar lo ven como imágenes complementarias, ya que gracias a ellas podemos sugerir que la instrucción profunda, la hierogamia y la iniciación atidea, representan una misma realidad, es decir, son formas diferentes de referirse a un fenómeno único (Alvar 2001, 207).

Gracias a esto, tal vez, desde esta perspectiva, podríamos ver y entender con mayor claridad buena parte de los ritos cibélicos, conectando con la propia interpretación del mito. El profesor Alvar reitera que la crítica dificulta la delimitación de contenidos y el alcance de los diferentes ritos, al suponer por ejemplo que el taurobolio es identificable con la iniciación del creyente, o que el cumpleaños del devoto pudiera tener alguna relación con la celebración de un aniversario. De esta forma, la brutal eviración a la que eran sometidos los sacerdotes de Cibeles adquiere pleno sentido si admitimos que Cibeles y Attis mantenían relaciones carnales, que habrían de quedar interrumpidas como consecuencia de la boda con la diosa Ia (Alvar 2001, 207). Si trasladamos esta imagen desde el nivel mítico al ritual, el rito iniciático alcanzaría su momento máximo (tras la instrucción previa, la purificación y la superación de las pruebas correspondientes) en una escena doble. La primera escena correspondería a la realización de un banquete ritual en el que se ingiere comida y bebida mientras suenan los instrumentos típicos de la liturgia cibélica.

Tras el banquete, el iniciado se dirige a un aposento sacro en el que consume la hierogamia, la unión carnal con la diosa. A partir de este momento, el fiel es un verdadero iniciado, poseedor de los arcanos del culto y un amante seguidor de la diosa. Pero sobre él ha caído la mácula del incesto, que sólo queda socialmente limpio

mediante el sacrificio. Los fieles más devotos serán capaces de purgar con su propio cuerpo el mal colectivo, gratificando de este modo con su sacrificio a la gran diosa madre castrense. Este gesto “altruista” queda ritualizado en un escenario más o menos espontáneo, coincidente con el día de la Sangre, del modo que se registra en los textos literarios (Alvar 2001, 2017). Quién era capaz de realizar tal sacrificio por sus congéneres era merecedor de un trato especial, por lo que ingresaba en el grupo exclusivo de los galos, los sacerdotes de Cibele.

El taurobolio tendría un sentido muy similar al de la eviración, si realmente fuera un sacrificio sustitutorio, pero en las reconstrucciones propuestas que se han realizado, estas hipótesis carecen de sentido, pues hay feligresas tauroboliadas. Por lo tanto como defiende el profesor Alvar (Alvar 2001, 208), el taurobolio no tendría nada que ver con la castración, sino que sería mejor considerarlo un sacramento de renovación que se realizaba a los veinte años de la iniciación (fecha del nacimiento místico del fiel, que reitera sus votos mediante un ritual en el que la sangre derramada simboliza la unión sacramental entre el individuo y la divinidad). El fiel tras cumplir con las prescripciones que le fueron dadas, ha logrado que la Gran Madre reparta todos sus bienes por la tierra fecunda gracias al derramamiento de la sangre del animal, que es lo que mejor encarna la potencia fertilizadora de la diosa.

Como defiende el profesor Alvar, la iniciación es un acto ritual accesible a un número importante de seguidores de ambos géneros. De entre los varones iniciados, sólo un restringido número llevado por un entorno estructural favorable y un coyuntural frenesí, será capaz de cortarse los genitales para ofrecerlos a la diosa como prenda de fidelidad inviolable. El sacrificio de esta parte del cuerpo social por el conjunto de la comunidad, era premiado con la dirección espiritual del grupo, los *galli* serán los ministros del culto, necesariamente extranjeros por la prohibición de la castración a los ciudadanos romanos. Por ello, probablemente el control social del cibelismo, requirió la reforma del culto mediante la figura de los *archigallus*, los cuales se colocaban por encima de los *galli*. A estos personajes, ya no se les exigía la emasculación para el ejercicio del cargo (Alvar 2001, 208).

Gracias a la creación de este sacerdocio superior por el emperador Antonino Pío (Alvar 2001, 209), se recupera para la ciudadanía el control de los misterios frigios. Hay algunos historiadores, que consideran que tal vez la creación del cuerpo de los *archigallus* en esas condiciones, provocó el desarrollo del sacrificio del toro, ya que sus testículos reemplazarían a los de estos nuevos creyentes, pero no serían como sustitutos mecánicos, sino como ofrenda deseada por la diosa, independientemente de que se la ofrecieran mujeres u hombres.

Como conclusión, el taurobolio no era un ritual sustitutorio, sino un sacrificio de renovación que realizaban los iniciados en el culto, surgido en un contexto muy amplio de modificaciones, en el que resultaba significativa la desconexión del sacerdocio y la castración. Ante la negativa, la diosa madre amante de las *vires* humanas, sólo podía quedar satisfecha con el ofrecimiento de otras más generosas; de ahí que se reformulara el ritual que salvaguardaba la integridad sexual de los nuevos sacerdotes cibélicos. Estos nuevos jefes sacerdotales agradecieron al emperador Antonino Pío su nueva situación; de esta forma se explican la primera fase del taurobolio, como ofrenda por el bienestar

patrio y del propio emperador, probando de esta forma que se habían logrado los objetivos deseados con la reforma del culto.

Este ritual lo conocemos desde el año 160 d.c. Pasado el tiempo, será asumido por los fieles a Cibeles como expresión personal de renovación de su fe. De ahí que se realizara regularmente cada veinte años, a las que las mujeres también estaban invitadas. Por ello, podemos concluir diciendo que la diosa en ningún momento había reclamado que el nuevo sacerdote renunciara a su integridad viril, ya que estaba saciada con los testículos del sacerdocio histórico y con las víctimas del nuevo sacrificio (Alvar 2001, 208).

6. ATTIS

Es en la mitología griega y frigia, el amante de Cibeles, su sirviente eunuco y el conductor de su carroza tirada por leones. Según cuenta la leyenda, Attis enloqueció por culpa de Cibeles y se castró a sí mismo. Inicialmente, Attis era un semidios originario de Frigia, con un gran arraigo en la gran región de Pesinunte, ubicado en las cercanías del monte Agdistis. La montaña era personificada como un gran *daemon*, a quién se la aparentaba con Cibeles.

Tal como se explica en el mito originario de Attis, sus sacerdotes eran eunucos. Sabemos cómo se llama este dios a partir del S. XIX, gracias a Heródoto (*Historia I, 34, 45*). Él cual nos cuenta, que es hijo de Cresos en “Attis el dios sol, herido por el colmillo del jabalí”. El culto a Attis comenzó hacia el 1200 a. C. en el monte Dindimo. A finales del siglo IV el culto a Attis cobró fuerza en el mundo griego. La historia de su origen en Agdistis, registrada por el viajero Pausanias (*Historia de Grecia VII, 19*), posee ciertos elementos que claramente no son griegos: a Pausanias se le dice que el *daemon* Agdistis inicialmente tenía atributos tanto masculinos como femeninos. Pero los dioses del Olimpo, temerosos de Agdistis, le cortan su órgano masculino y lo arrojan, creciendo en el sitio donde cayó, un almendro. Cuando sus frutos maduraron, Nana, que era la hija del dios-río Sangarios cogió un fruto y lo colocó en su regazo. El fruto desapareció, y ella quedó encinta. A su debido tiempo nació su hijo Attis, al que abandonó en las faldas de la montaña. El niño fue criado por un carnero. Cuando Attis creció, su belleza, con cabellos largos, era divina, y Agdistis transformado en Cibeles se enamoró de él. Pero los padres adoptivos de Attis lo enviaron a Pesinunte, donde debía contraer matrimonio con la hija del rey. (Según algunas versiones este rey era Midas). Justo cuando se entonaba el canto nupcial, Agdistis/Cibeles apareció en su poder trascendente, y Attis enloqueció y se cortó los genitales. El que iba a ser el futuro suegro de Attis, o sea el rey, que estaba dando a su hija en matrimonio, también se auto mutiló, sentando las bases para los coribantes o *galli*, que se autocastraban, y se dedicaban al culto a Cibeles. Pero Agdistis se arrepintió y se aseguró de que el cuerpo de Attis no se pudriera (Vermaseren 1977, 90 y 91).

Attis renació como un pino. Este renacimiento era celebrado el 25 de marzo, el festival de Hilaria. Según relató el geógrafo Estrabón (*Geografía XII, 5, 3*), en el templo de Cibeles en Pesinunte, la madre de los dioses era aún llamada Agdistis. Cuando la vecina Lidia tomó control de Frigia, se le dio al culto de Attis un contexto lidio. Se menciona que Attis introdujo en Lidia el culto de la Diosa Madre Cibeles, desencadenando los celos de Zeus, quien envió un jabalí para destruir las cosechas

lidias. Algunos lidios, incluidos Attis, fueron asesinados por el jabalí. Pausanias acota, para dar verosimilitud a su historia, que los galos que habitaban en Pesinunte, se abstenían de comer cerdo. Este elemento del mito puede haber sido inventando con el único fin de explicar las extrañas leyes alimenticias de los galos lidios. En Roma, los eunucos seguidores de Cibele eran denominados galos (*galli*) (Versmaseren 1977, 91). En la medida que el culto orgiástico de Cibele se diseminó desde Anatolia hasta Grecia y finalmente hasta Roma, durante la época de Claudio, el culto de Attis, su consorte eunuco renacido, la acompañó. La primera referencia literaria sobre Attis es el tema de uno de los poemas más famosos de Catulo (*Poema LXIII*). Pero parece que el culto de Attis en Roma, no se acopló con el culto preexistente a Cibele hasta comienzos del Imperio (Lane 1996).

“Sobre los altos mares llevado Attis en rápida balsa,
cuando el frigio bosque con su pie, por el deseo excitado, tocó
y se acercó a los opacos, de espesuras coronados lugares de la diosa,
aguijado allí por enfurecedora rabia, errante él en sus ánimos,
se desgarró del pubis, con agudo contra sí sílice, los pesos,
y de este modo, cuando dejados sintió para él unos miembros sin su hombre,
de todavía reciente sangre los suelos de la tierra manchando,
con unas níveas manos, agitada, cogió el leve tímpano,
el tímpano tuyo, Cibele, los inicios, Madre, tuyos,
y golpeando los lomos de un toro, cavos, con tiernos dedos,
a cantar esto a sus acompañantes comenzó, temblorosa:
“Vamos, id a los altos bosques, galas, de Cibele juntas,
juntas id, de la dindimena dueña errantes ganados,
las cuales, ajenos lugares buscando igual que exiliadas,
la secta mía siguiendo, bajo la conducción mía, mis compañeras,
la robadora sal del mar habéis sufrido y las truculencias del piélago,
y vuestro cuerpo emasculasteis, de Venus por demasiado odio;
alegrad del ama, con vuestro agitado errar, el ánimo.
La demora tarda de vuestra mente se aparte; juntas id, seguidme
a la frigia casa de Cibele, a los frigios bosques de la diosa,
donde de los címbalos suena la voz, donde los tímpanos rugen,
donde el flautista frigio canta grave con su curvo cálamo,
donde sus cabezas las Ménades con fuerza sacuden, de hiedra ornadas,
donde los sacrificios santos con agudos alaridos hacen,
donde acostumbraba a revolotear aquella de la diosa errante cohorte,
adonde a nosotras honra apresurarnos con agitados tripudios.”

Una vez que esto a sus acompañantes Attis cantó, bastarda mujer,
el tiaso de repente en sus lenguas trepidantes aúlla,
el leve tímpano remuge, los cavos címbalos resuenan.
Al verde Ida agitado acude, presuroso el pie, el coro:
furibunda a la vez, anhelante, errante avanza, de aliento carente,
acompañada de su tímpano, Attis, por los opacos bosques conductora,
igual que una novilla que evita el peso, indómita, del yugo;
rápidas, a su conductora de apresurado pie siguen las galas.
Y de este modo, cuando la casa de Cibele tocó, cansaditas,
por su demasiada fatiga sueño toman, sin Ceres.
Perezoso, con vacilante languidez, sus ojos el sopor les cubre:
se marcha, en la quietud muelle, el rábido furor de su ánimo,

pero cuando, de cara áurea, el Sol con sus radiantes ojos
 lustró el éter blanco, los suelos duros, el mar fiero,
 y expulsó de la noche las sombras con sus vivos corceles,
 entonces el Sueño, de la despierta Attis huyendo, rápido se marcha;
 trepidante su seno, lo recibe la diosa Pasitea.
 De ese modo, tras la quietud muelle, sin arrebatada rabia,
 una vez que ella en su pecho, Attis, sus hechos recordó,
 y con clara mente vio sin qué y dónde estaba,
 con ánimo bullente de nuevo de regreso a los vados fue.
 Allí, mares vastos divisando, lagrimantes los ojos,
 a su patria se dirigió, afligida, de este modo, con la voz, tristemente:
 "Patria, oh, mi creadora, patria, oh, mi engendradora,
 yo cuán desgraciado te he abandonado, como a sus dueños los huidores
 sirvientes suelen, y del Ida a los bosques llevé mi pie,
 para, cabe la nieve y de las fieras las heladas guaridas, estar,
 y de ellas en todos los escondites entrar, furibunda.
 ¿Dónde, pues, o en qué lugares, a ti puesta, patria, te creé?
 Ansía mi misma pupila a ti dirigir su centro,
 de rabia fiera careciendo mientras, breve tiempo, mi ánimo está.
 ¿Es que de mi casa apartada me tornaré a estos bosques?
 ¿De patria, bienes, amigos, padres, lejos estaré?
 ¿Estaré lejos de foro, palestra, estadio y gimnasios?
 Triste, ah, triste, de quejarte has más y más, ánimo mío.
 ¿Pues qué género y figura hay que yo no enfrentara?
 Yo mujer, yo adolescente, yo efebo, yo niño,
 yo del gimnasio fui la flor, yo era la honra del aceite.
 Mis puertas concurridas, mis umbrales tibios,
 mi casa de floridas coronas ceñida estaba,
 de abandonar cuando había yo, surgido el sol, el dormitorio.
 ¿Yo ahora de los dioses en ministra y de Cíbeles en sirvienta devendré?
 ¿Yo Ménade, yo de mí parte, yo hombre estéril seré?
 ¿Yo, del verde Ida por la álgida nieve vestidos, los lugares honraré?
 ¿Yo mi vida haré bajo las altas cumbres de Frigia,
 donde la cierva, de la espesura amante, donde el jabalí, que el bosque erra?
 Ya, ya me duelo lo que hice, y ya, ya me pesa."
 Cuando de los rosas labiecillos suyos este sonido veloz salió,
 a los gemelos oídos de los dioses estos nuevos mensajes trayendo,
 al punto, su uncida junta desatando Cíbeles a sus leones,
 y al de la izquierda, de los ganados enemigo, aguijando, de este modo habla:
 "Vamos ya", dice, "vamos, feroz ve, haz que a él el furor lo mueva,
 haz que del furor por la herida de vuelta a los bosques vaya,
 de mis imperios libremente demasiado el que huir ansía.
 Vamos, hiérete las espaldas con la cola, tus azotes sufre,
 haz que todos con tu mugiente rugido estos lugares retruenen,
 tu rútila crin, feroz, sobre tu torosa cerviz agita."
 Dice esto amenazante Cíbeles, y desliga los yugos con la mano.
 El fiero por su parte, a sí mismo, arrebatador, exhortándose, se incita en su ánimo,
 avanza, brama, rompe brozas con pie errante.
 Mas cuando a los húmedos lugares del blanqueciento litoral se acerca
 y tierna vio a Attis cerca de los mármoles del piélagos,
 lanza su embestida: ella demente huye a los bosques fieros.
 Allí siempre, todo de su vida el espacio sirvienta fue.

Diosa, Magna diosa, Cibeles, diosa dueña del Dídimo,
lejos de la mía tu furor sea todo, ama, de mi casa:
a otros lleva, excitados, a otros lleva, rábidos”

La documentación sobre la llegada a Roma, es a menudo de carácter contradictorio, como en el caso de su llegada a Grecia. De hecho, las fuentes relativas a la introducción del culto a la Gran Madre guardan silencio sobre esta figura. Hay evidencia arqueológica que prueba su presencia en Roma desde el siglo II a. c. Como resultado, los académicos usaron diferentes estrategias interpretativas, y hay dos enfoques principales para el problema. Algunos eruditos creen que en la era republicana, Attis no había alcanzado aún el rango de un dios real, pero era considerado un consorte no especificado de la Gran Madre. Otros eruditos, por el contrario, están persuadidos de su estado divino original. En cualquier caso, nadie duda de la existencia (desde el período imperial) de un ciclo ritual público relacionado con Attis, que tuvo su propio desarrollo y culminó en representarlo como *deus omnipotens* (Lancellotti 2002, 75 y 76).

Parece claro que la *Magna Mater* vino acompañada del joven Attis, aunque no haya rastro suyo en los escritos de ese período. Por el hecho de que Attis no es mencionado en las fuentes primarias del culto romano de la madre de los dioses, Lambrechts dedujo que él jugó un papel muy claro, tanto en la época republicana, como al comienzo del período imperial (Lambrechts 1952, 149). De acuerdo con él, particularmente Attis no fue considerado un dios en Roma hasta finales del S. II d.c., cuando Antonino Pío reformó el culto a Cibeles. Al cabo del tiempo, esta teoría se demostró incorrecta, ya que durante las excavaciones del templo de Cibeles en el Palatino por el profesor Romanelli, se descubrieron un considerable número de estatuas dedicadas a Attis. Este descubrimiento sensacional, probaba lo dicho por Vermaseren sobre que en el 191 a.c. ya se veneraba a Attis en Roma (Vermaseren 1977, 43 y 56). Lambrechts, negó esta tesis en base a varias consideraciones. De acuerdo con él, las estatuas de Attis iban acompañadas de figuras femeninas, estatuas caricaturescas, máscaras y pinos y al no estar acompañadas en este caso por estas figuras, no podían ser representaciones de Attis, sino que eran exvotos de madres romanas que colocaban a sus hijos bajo la protección de la diosa Cibeles (Lambrechts 1967 y Thomas 1984, 1506).

Roller concluye, que en el culto temprano de la Magna Mater en Roma, Attis y los matices de la sexualidad que lo acompañaban eran características atractivas, que se animaban a través de obsequios de ofrendas. Sin embargo, en una inspección más cercana, esta evaluación parece ir en contra de toda la documentación sobre Attis que, como veremos a continuación, no permite su participación ni en la esfera de la fertilidad en general, ni en la de la fertilidad humana en particular (Roller 1999, 277 y 278). Las conexiones con la vegetación y el sexo deben considerarse como elementos de un código para descifrar y no como la explicación final del complejo mítico y ritual que implica a Attis. Incluso si no es posible reconstruir el tipo de culto o, en cualquier caso, el contexto en el que se utilizaron estas figurillas, parecen estar conectadas de una manera bastante explícita con la tradición frigia (Lancellotti 2002, 78).

En cuanto a la documentación sobre la presencia de Attis en Roma en un período anterior, el *hypogaeum* encontrado cerca de Porta Maggiore, que data del período de Claudio, es difícil de interpretar (Bastet 1958 y Carcopino 1926).

A pesar de que las primeras fuentes oficiales guardan silencio sobre Attis, está bien atestiguado durante la era imperial, en un período que parece estar en el corazón de un festival público cíclico que tuvo lugar en la segunda quincena de marzo. La celebración en Roma de esta festividad, conmemorando los eventos de Attis, fue de naturaleza funeraria y fue conectada por los antiguos a las ceremonias frigias (Lancellotti 2002, 81).

El día de la *Canna Intrat* marcaba el comienzo de las ceremonias. El colegio de los *cannophori* se conectó específicamente con este día festivo en el que, probablemente, se recordaba el nacimiento, la exposición y finalmente el rescate de un pequeño Attis a orillas del río Sangarius (Graillet 1912, 117 en Lancellotti 2002, 81). El colegio de los *dendrophori* es una institución mucho más antigua y está muy unida a la festividad en honor a Attis, ya que eran los encargados de la introducción del pino (presumiblemente la figura de Attis muerto) en el templo de la diosa Cibele. El día de *Arbor intrat*, era un día para las lamentaciones por la desaparición de Attis. En los *Dies sanguinis* se producía el ritual sangriento de la emasculación de los sacerdotes *Galli*. Todos estos pasos que tenía el ritual en honor a Attis, están muy relacionados con la celebración de la Megalesia en honor a la diosa Cibele (Lancellotti 2002, 81 y 82). Para más información sobre este ritual, consultar la obra de Duncan Fishwick *The cannophori and the March Festival of Magna Mater*.

De acuerdo con Lambrechts (Lambrechts 1967), el festival en honor al joven Attis, fue adoptado en tiempos del emperador Claudio, y en tiempos de Antonino Pío, se aprobó la creación de la figura del *archigallus*. En un corto período de tiempo, entre el 41 y el 161 d.c., el conjunto de ceremonias vinculadas a Attis se extendieron desde Roma a las diversas provincias del imperio, convirtiéndose en toda una institución y por fin se permitió que los ciudadanos romanos que así lo desearan, pudieran entrar a formar parte del sacerdocio en honor a este culto frigio.

Otra evidencia arqueológica importante para el culto de Attis y particularmente para el ciclo festivo, se proporciona desde el *campus Matris Magnae* en Ostia, donde hay un *Attideum* que puede estar fechado en el período de los Antoninos (Calzada 194 – 1947). Incluso teniendo en cuenta las características peculiares de Ostia, su posición marginal en relación con Roma y las características del culto a Attis practicadas allí, este complejo sagrado prueba que Attis tuvo un papel cada vez más importante dentro del culto reservado para la Gran Madre. Este papel coincide con el hecho de que la naturaleza pública de los ritos destinados a él, se hizo cada vez más evidente y generalizada (Beard 1998).

7. REPRESENTACIONES DE CIBELES

En este apartado, vamos a comentar las distintas representaciones que podemos encontrar de la diosa Cibele en distintas artes, como serían en las artes plásticas. Me he basado en el libro escrito por el profesor Vermaseren para realizar la traducción (Vermaseren 1977, 71 -76 y 79 – 81).

7.1 CIBELES EN LAS ARTES PLÁSTICAS

Tanto en Asia Menor como en Grecia, encontramos gran cantidad de representaciones de la diosa Cibele en multitud de estatuas (tanto sentada en su trono,

como de pie de forma solemne), siempre acompañada de sus leones o en otros casos como en el templo de Rhyzonia en Creta acompañada de tres panteras.



Fig 14. Cibeles sentada en su trono, estatua proveniente del Louvre (Francia) (Sqarciapino 1962).



Fig 15. Cibeles en su carro tirada por leones, Plaza de Cibeles en Madrid (España) (www.madrid.com)

La primera gran estatua de Cibeles que hemos encontrado, ha sido datada a finales del S. VII a.c. (Picard 1935). Para los griegos, la estatua más famosa de la diosa se encontraba en Atenas (actualmente hay dudas sobre quién fue el autor de esta estatua, ya que hay algunos investigadores como Arnold Von Salis, que creen que fue realizada por Agorácrito y otros como Charles Picard que fue realizada por el famoso escultor Fidias, ya que como defienden muchos autores, es tal la belleza de esta estatua que solo pudo haber sido realizada por un genio). Ya en el segundo siglo, Arriano en su *Periplous 9*, describe cómo los artistas habían representado a la diosa en una posición sentada y con un pandero en su mano y los leones al lado de su trono. Naturalmente, esta inestimable estatua ha sido buscada incansablemente, pero ni las excavaciones americanas del Metroon, el santuario de la madre, ni la investigación en los museos, han producido ningún resultado. Ch. Picard en su *Manuel d'archeologie grecque* (1935, 448) se inclina a considerar que una cabeza fina de la diosa con un velo que se encontró en la excavación, pertenece a la estatua perdida; otros prefieren ver ciertos relieves y estatuas como imitaciones directas de ella. En el Ágora mismo, como en otras partes de Atenas, se han encontrado unos cientos de monumentos en honor de la diosa. Hay numerosos monumentos que los fieles dedicaron a su diosa que muestran inspiración y, a menudo, originalidad. Sin embargo, la mayoría de las obras que representan a la diosa

reproducen la misma postura entronizada. Dondequiera que ocurra esta representación convencional, se puede suponer con seguridad, que en algún lugar de la vecindad inmediata del santuario de la diosa, algún escultor tenía en existencia en su taller una fila de estatuas similares en preparación.

Aparte de estatuas, también se han encontrado medallones de mármol y terracota que se ponían encima de las puertas de entrada de las casas, donde aparecen representada tanto la diosa como su amante Attis. También se han hallado unos pendientes de oro con la figura de Cibeles y hay gran cantidad de inscripciones que referencian la existencia de imágenes de plata en honor a la *Magna Mater*. Pero lo que más ha llamado la atención a los investigadores, es que en ciudades de Asia Menor, no sólo aparecía representada Cibeles en algunas monedas, sino que algunos caballeros llevaban la figura de la diosa en sus escudos de armas.

Comparando diversos ejemplos de los que disponemos, podemos entrever cierto modelo iconográfico a la hora de representar a Cibeles. Suele llevar el *chitón* e *himation*, además de estar coronada con una tiara en muchas ocasiones. Uno de los mejores ejemplos donde podemos observar todas estos atributos, es en España, en la escultura de mármol blanco de la villa de Els Antigons, en Reus, en la que nos aparece representada de pie, con un largo *chitón* de estilo jónico, con mangas, ceñido bajo el pecho con un cíngulo, un collar perlado en el cuello, y por encima el *himation*, cruzado en banda y sujeto por encima del hombro.



Fig 16. Escultura de mármol blanco de la Villa de Els Antigons en Reus (España) (www.visitmuseum.gecat.cat)

Otros atributos que suelen representarse junto a la imagen de la diosa, o portándolos ella misma, son la cornucopia, siempre en el brazo izquierdo, o los leones, alrededor de la diosa, generalmente dos, aunque también nos puede aparecer solo uno, incluso montado sobre él como es el caso de las representaciones en los mosaicos (Munilla 1979 – 1980, 283 – 285).



Fig 17. Cibeles sentada en su trono portando una cornucopia, museo de arte romano de roma (www.amcietrome.com)

En el caso de Roma, durante los últimos años de la República romana, los maestros escultores de familias nobles, y más tarde los emperadores, tenían monedas acuñadas con las imágenes de Cibeles o Attis. Durante el reinado de Antonino Pío, las monedas y los medallones especialmente finos que mostraban a su Diosa favorita fueron emitidas para las dos Faustinas. Estos medallones circularon extensamente y eran extremadamente convenientes para la propaganda. Livia, esposa del emperador Augusto, había establecido el precedente; en el marco del concepto Roma – Troya, había ordenado a los cortadores de cameo que la retrataran a imagen de la Diosa. Es por eso que algunos historiadores como Vermaseren (Vermaseren 1997, 78) interpretan a la figura femenina que aparece junto a Augusto, en la famosa *Gemma Augusteae* en Viena, como nada menos que Livia – Cibeles. Cibeles misma, si bien representa la tierra como el principio primitivo, la madre nutriente, la *alma mater*, es sin embargo representada por separado en la multitud.



Fig 18. Moneda con la cara de Faustina y en el reverso Cibeles sentada en su trono con los dos leones (www.Vcoins.com)



Fig 19. Representación del *Gemma Augustea* (Vermaseren 1977).

A su manera, los fabricantes de lucernas también contribuyeron con su cuota a la propagación de las deidades populares entre el pueblo. A menudo se encargaban de hacer lucernas para un templo u otro santuario. Cibeles es entonces representada en relieve, como entronizada entre Mercurio y Attis, o (este tipo era muy popular en el norte de África) está triunfando con su león como Cibeles-Caelestis. Sin embargo, sería imprudente conectar los sitios donde tales lucernas se encuentran directamente con el culto. La imagen de la Diosa siempre está llena de variaciones y vivacidad, y los diversos motivos de su presencia son infinitamente fascinantes.

7.2 CIBELES Y SU RELACIÓN CON OTRAS DIVINIDADES

Aparte de las representaciones en las que Cibeles aparece con su favorito (Attis), hay muchos monumentos que introducen otras deidades en su compañía. Estos dioses son de naturaleza muy diversa, y su misma divergencia enfatiza el gran poder de la Diosa, la madre de los Dioses, que combina todas las cualidades de las otras deidades en sí misma. Por ejemplo, en Grecia es muy fácil ver a Cibeles acompañada por diosas

como Demeter o su hija Persephone, o junto con la tríada Artemisa–Selene–Hécate, que representan las tres fases de la luna, y son las que protegen el reino de la diosa madre durante la noche. También es fácil que aparezca representada la figura de Cibeles y los Curetes, ya que son los que protegieron al bebé Zeus golpeando sus escudos cuando lloraba para que su padre Cronos no lo devorara, así como los dos Dioscuros, hijos de Zeus, valientes marineros y bravos compañeros de armas, que viven alternadamente en la tierra y en el Inframundo.

Finalmente, en Roma está la base de mármol de Sorrento, perteneciente a la época de Augusto, donde se representa a la Diosa entronizada en pleno ceremonial. Detrás del trono se ve a uno de los Curetes con un escudo elevado. Pero aquí Cibeles no es la figura central. Las otras deidades, como Ceres, Apolo y Diana con su madre Latona, Venus y Marte o la diosa Vesta escoltada por las vírgenes Vestales, tienen mayor protagonismo, ya que no han venido a protestar por su obediencia. El monumento se refiere principalmente al propio Augusto, que se había retratado como el reorganizador del Panteón romano, y, de acuerdo con su política, a la Diosa de Pesinunte se le da un lugar de honor. Porque los Julios eran de origen troyano, lo que explica el hecho de que Augusto tuviera su casa construida cerca del santuario de la Diosa en el Palatino, convirtiéndola así en el centro de su política religiosa.



Fig 20. Base de mármol de Sorrento (Vermaseren 1977).

8.CIBELES EN HISPANIA

En este apartado, quiero intentar mostrar cual y como fue la relación entre Cibeles y la provincia de Hispania.

En su libro sobre los cultos orientales, García y Bellido (*Las religiones Orientales en la España Romana*, 1967) observó que en España la naturaleza y la distribución del culto de Cibeles eran diferentes de lo que cabía esperar. En primer lugar, la Bética proporcionó escasa información, mientras que la mayor parte de los monumentos se encuentran en el interior. Además, los lugares donde la evidencia de una adoración de Cibeles fue hallada, curiosamente no coinciden con los del culto de Attis. *Lusitania*, también tiene un buen número de monumentos, lo que puede ser explicado por el culto local original de la diosa íbera *Ataecina* (con la que es posible que se relacionara mediante la *Interpretatio*). Según una inscripción perdida, existía un templo de Cibeles y Attis en las Islas Baleares. En el 234 d.c., Publicius Fortunatus

Thalamos realizó un taurobolio (fig. 13) mientras que una cierta Coelia Ianuaria sufrió el *criobolium* (fig. 13). Las dos ceremonias están claramente separadas. Cuatro años más tarde, el 24 de marzo, en el *dies sanguinis*, este mismo Thalamos repitió un taurobolio, aunque esta vez es llamado por su nombre completo, Publicius Valerius Fortunatus Thalamos. Este nombre sugiere descendencia griega, mientras que su esposa, *Porcia Bassiana*, que al mismo tiempo se sometió a un *criobolium*, podría ser de origen sirio. Los sacerdotes mencionados, Ulpus Heliades y Aurelius Stephanus, llevan nombres griegos (Vermaseren 1977, 131 y fig. 13). Por lo demás, es notable que la mayoría de las inscripciones en España conmemoran un taurobolio. En Mérida una señora, Valeria Avita, sufrió un taurobolio en la ocasión de su cumpleaños (o aniversario del culto), el *archigallus* administrativo era Publicius Mysticus, y para conmemorar este acontecimiento, ella erigió un altar. Aunque en Barcelona y Gerona, los ricos dueños de villas tenían representaciones de la Diosa en sus casas, esto no implica que ella también fuera adorada allí. Porque como eran grandes amantes del circo, insistieron en tener una representación mosaica de la misma; y puesto que el circo necesitaba una espina, esta tenía un león que era montado por la estatua de Cibele. Fue copiado de manera muy fiel (Vermaseren 1977, 131).



Fig 21. Representación de Cibele cabalgando un león en la spina del Circo Máximo de acuerdo a un grabado del S. XVI (museo capitolino de Roma) y una moneda de Caracalla (www.tesorillo.com)

Hay que decir que el período de mayor difusión del culto de Cibele en Hispania, se produjo entre finales del S. I d.c. o inicios del II d.c. y finales del III d.c., aunque encontramos restos atribuibles a otros períodos, como el siglo IV d.c. Esto viene a corroborar las fechas que ya se daban para la difusión de las religiones orientales en Hispania (Munilla 1979 – 1980, 279).



Fig 22. Taurobolio hallado en Córdoba realizado por Valeria Avita (www.sacrificios.com)

Los ejemplos más importantes de santuarios metróacos fuera de la península, los encontramos repartidos por diversos sitios: en la actual Ballihisar, antigua Pesinunte, estaría el templo de origen de la *Magna Mater*; también tendríamos el *Metroon* en Atenas, situado en el Ágora, que podría remontarse al siglo V a.c. En Roma tendríamos el *phrygianum* y el templo de Ostia (comentados los dos en apartado anteriores). Encontramos algunos ejemplos más repartidos por otros territorios del Imperio, especialmente en Francia, donde el culto a la *Matri Deum* tuvo una enorme difusión, gracias a la asimilación de esta a las diosas madres célticas (aunque esta teoría se podría poner en duda, ya que las *Matres* aparecen siempre nombradas en plural y en tríadas). En la Península Ibérica solo existen tres posibles estructuras que podríamos considerar antiguos santuarios ligados al culto de Cibeles, en Carmona, Lugo y Mérida (García y Bellido 1967).

Como adelantábamos antes, sólo conservamos tres: la Tumba del Elefante en la necrópolis de Carmona, la iglesia de Santa Eulalia de Bóveda, y el santuario derrumbado hallado en la ciudad de Mérida. Además de estos posibles santuarios, podríamos hablar de otros espacios relacionados con el culto a Cibeles, como son aquellos dedicados al *taurobolium*, cuya expresión material más visible serían las aras taurobólicas.

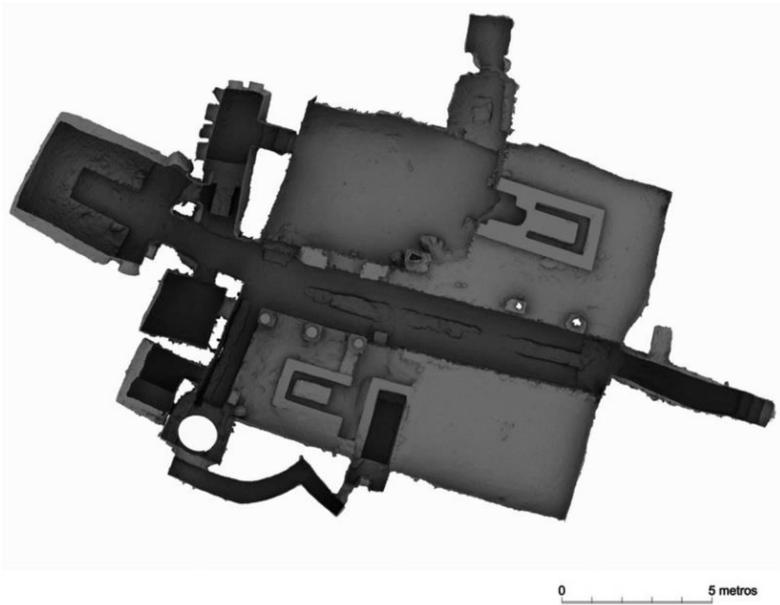


Fig 23. Tumba del elefante (www.terraeantiquae.com)



Fig 24. Interior del posible templo de Cibeles en Santa Eulalia de Bóveda (www.lugaresconhistoria.com)

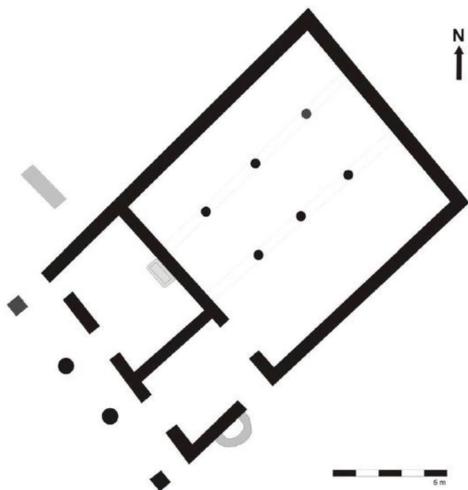


Fig 25. Planta del posible templo de Cibeles emeritense (www.lugaresconhistoria.com)

Como ejemplo importante de espacio dedicado al sacrificio del toro, tenemos los restos arqueológicos del santuario romano de la Villa de las Musas, en Arellano (Navarra), en la cual se pudo identificar un edificio de planta rectangular, abierto y porticado en el espacio central y con una estructura en forma de U, donde se aprecian dos piezas que se encuentran colocadas verticalmente, y en la cara de cada una de ellas habría una representación esquemática del busto de un toro. Los especialistas, datan este espacio dedicado a la práctica del taurobolio en el siglo IV d.c. Pero aunque la relación de este espacio con los taurobolio esta clarísima, no podemos relacionarlo directamente con el culto a Cibeles (Para más información sobre este tema consultar la obra *¿Taurobolios vascónicos? La vitalidad pagana en la Tarraconense durante la segunda mitad del s.IV* de Francisco Marco Simón, 1997).



Fig 26. Ara de taurobolium proveniente de la Villa de las Musas (www.villadelasmusas.com)

La relación del santuario emeritense con el culto en honor a la diosa vendría indicada, aparte de por diversos motivos decorativos o de algunos elementos que componen el edificio, por el hallazgo producido en el siglo XIX de un ara taurobólica dedicada a la *Matri Deum*, que habría sido encontrada apenas a unos 100 metros de donde se localizan los restos del santuario (Heras 2011, 83).



Fig 27. Ara taurobólica dedicada a la Matri Deum por Valeria Avita (www.sacrificios.com)

Con respecto al santuario de Santa Eulalia de Bóveda, se podría relacionar con el culto a las divinidades frigias por algunas pinturas existentes, en las cuales se representa

el pino, y una ménsula recuperada que representa a un león. La relación de este con los cultos orientales, esta defendida por algunos autores como Gómez Moreno o Rodríguez Colmenero (Rodríguez Colmenero 1992, 309–336), aunque el hecho de haberse convertido posteriormente en un templo cristiano, dificulta bastante su interpretación.

El último santuario que encontraríamos en Hispania, sería el conocido como “Tumba del Elefante”. El debate sobre si se trataría efectivamente de un santuario en honor a la *Magna Mater* ha sido muy discutido. Según algunos autores como Bendala, se trataría de un santuario en honor a Cibeles y Attis (Bendala 1976, 49 – 72); mientras que otros como Vermaseren defienden que se habría tratado de la tumba de un sacerdote, perteneciente al culto metróaco (Vermaseren 1986, 62); y hay una tercera posición defendida por autores como Fear o Alvar, que señalan que se trataría simplemente de una tumba de una familia importante de la zona que tendría conexiones con el culto metróaco (Fear 1990, 95 – 108 y Alvar 2002, 87 – 97).

Gracias a la epigrafía podemos señalar que además de estos tres santuarios descritos anteriormente, tendríamos la existencia de ciertos recintos o espacios dedicados a esta divinidad, en Menorca y en Palencia y posiblemente también en Ávila.



Fig 28. Templum dedicado a Cibeles hallado en Monte Cilda (Palencia), lugar de conservación el MUPAC (Santander) (Xavier Bayer Rodríguez)

“Cayo Licinio Ciso dedicó este espacio sagrado a la Madre de los dioses, a raíz de un voto, de buena gana y porque lo merecía”

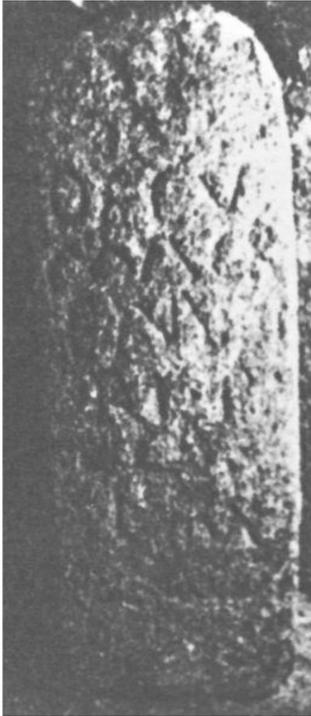


Fig 29. Dedicación de un posible *oecus* a Cibeles en Ávila, lugar de conservación el MUPAC (Santander) (Xavier Bayer Rodríguez)

“Santuario dedicado con su dinero a la Gran Madre de 80 pies?”

8.1 LA FUENTE DE CIBELES EN MADRID

Aunque actualmente está muy relacionada con el mundo del fútbol, la verdad es que en un principio esta fuente fue concebida con otro propósito.

Según Pilar González Serrano, arqueóloga de la Universidad Complutense de Madrid, quienes realizaron esta fuente sabían mucho de la diosa Cibeles. Las investigaciones que ha realizado, le han llevado a creer que, José de Hermosilla fue el responsable de que hoy Cibeles se haya convertido en uno de los símbolos más importantes de Madrid. El Conde de Aranda encargó a este capitán de ingenieros español “un hombre cultísimo que había estado en Italia” en 1767, que hiciera realidad los deseos de Carlos III de repetir en Madrid el Foro Carolino de Nápoles (González Serrano 1994).

El Salón del Prado fue concebido como un circo romano con tres fuentes: la de Apolo o de las Cuatro Estaciones en el centro, la de Cibeles en el semicírculo haciendo esquina con la calle Alcalá, y la de Neptuno en el otro extremo junto a la Carrera de San Jerónimo (Ladra 2014). Este trazado, evoca a la Piazza Navona de Roma y según la arqueóloga madrileña, esto es lo que justifica que la diosa Cibeles, se encuentre en un lugar de honor “porque en las espinas de los grandes circos romanos ocupaba un puesto de honor una efigie de la Magna Mater”. Hermosilla trabajó durante 7 largos años en el proyecto de la fuente, antes de fallecer al año de comenzar las obras. Sin embargo, a González Serrano le extraña que se hayan perdido buena parte de sus proyectos y planos originales cuando son perfectamente conocidos los de su sucesor, el arqueólogo Ventura Rodríguez.

A Ventura Rodríguez, arquitecto y fontanero mayor de la Villa, se le habían encargado la realización de las fuentes, y a él corresponden los detallados dibujos de Cibeles que se conservan en el Museo Municipal de Madrid. En piedras provenientes de Montesclaros, esculpieron Francisco Gutiérrez y Roberto de Michel, junto al adornista Miguel Ximénez, esta fuente en la que por primera vez la diosa permitió que sus leones fueran duchados (González Serrano 1994).

José de Cora, autor de *La Navaja inglesa*, especula con la idea de que fue el propio Carlos III quién concibió a Cibeles como protectora de Madrid, ya que como dice este autor “En el siglo XVIII nada se hacía con motivos puramente estéticos. Creo que Carlos III buscaba para su reinado y para la ciudad de Madrid la protección de Cibeles”.

Esta fuente es tan llamativa e importante, que podemos encontrar réplicas de ella en otras zonas del mundo, como por ejemplo en la Plaza de Cibeles en la Avenida Oaxaca en Ciudad de México. Es una réplica exacta de la existente en Madrid, fue donada por la comunidad de residentes españoles en México, como símbolo de hermanamiento entre ambas metrópolis. Fue inaugurada el 5 de Septiembre de 1980 por el alcalde de Madrid, Enrique Tierno Galván. También podemos encontrar otra réplica de esta famosa fuente madrileña en la Plaza Presidencial de Pekín.



Fig 30. Fuente de Cibeles de Madrid (www.Madrid.com)

9.EL CRISTIANISMO Y EL CULTO A CIBELES

La lucha entre el cristianismo y el culto de Cibeles es naturalmente paralela a las políticas religiosas de los diversos emperadores. Hemos visto que antes de Antonino Pío, los emperadores adoptaron una actitud cautelosa hacia Attis, mientras que Cibeles fue aceptada como patrona nacional. Cuando pasado el tiempo, el cristianismo cambió su actitud defensiva y asumió las conclusiones ofensivas, y arrebató el control a los otros cultos, Attis demostró ser una presa fácil (Sanders 1977). Incluso en cierto momento se dice que un sacerdote de Attis, en su desesperada defensa de los misterios frigios, exclamó: "El que porta el gorro frigio es también un cristiano", es obvio que Attis nunca podría ser una verdadera contrapartida de Cristo. De todos modos, muchos estudiosos han intentado trazar un paralelismo con el cristianismo, especialmente con

respecto a las ceremonias de marzo (Mirar la obra de Antoine Loisy *Les mystères paiens et le mystère chrétien* de 1919 o la obra de Fiswick *Hastipheri* de 1967 (142–160) para más información). Esto se debe principalmente a los primeros escritores cristianos, la resurrección, el renacimiento, la cena y la purificación fueron los temas esenciales tratados por los escritores cristianos al dirigirse a los intelectuales de la época (Nock 1972). En el siglo IV, especialmente, este debate se desarrolló a un nivel superior entre los teólogos de los dos pensamientos, y es característico de la tradición romana polemizar el día, ya que era extraño que no se abstuvieran de recurrir a toda clase de invectivas vulgares. Esto sólo revela la vehemencia con la que se luchó (Dill 1958, 56).

Según San Agustín (*Las Confesiones I, 4, 14*) los sacerdotes *galli* eran los afeminados.

“Por estos se entienden aquellos que hoy en día en Roma sirven a la madre, no de los dioses, sino de los demonios; y sólo porque los romanos han tomado como sacerdotes de este pueblo a las personas que caprichosamente se han mutilado en honor de Attis; él, el marido de la ramera madre ha creado eunucos”.

Este motivo antiguo del *gallus*, es uno de los temas favoritos de San Agustín. Mientras que antes la *Magna Mater* era dejada en paz, ahora también estaba sometida al abuso de las autoridades cristianas. Es ella la responsable de la introducción de los eunucos en los templos romanos, sin mencionar las actuaciones teatrales que se producían del mito de Cibele y Attis (*De civitate Dei, II, 7*).

“Cuando era joven yo solía ir a esos espectáculos y burlas sacrílegas, miraba a los poseídos, escuchaba a los músicos, me complacía en las repugnantes obras hechas en honor a los dioses y las diosas, a la Virgen Celestial y a la gran madre de todos. En la festividad de su purificación, tales canciones fueron cantadas ante su litera por los actores más vulgares. Aparte de la madre de los dioses no era la madre de cualquier senador u hombre honorable, no, ¿qué es el sacrilegio? ¿Si eso es purificación?, ¿qué es contaminación?”.

Es interesante ver a otro africano, *Arnobius* (305 d.c.), lidiar con el mismo tema en su escritura contra los paganos (*Adversus Nationes, V, 42*). Él discute la interpretación simbólica:

“Al llamar a Attis el sol, queremos decir que es el sol. Pero si Attis es el sol, ¿cómo entonces mencionamos y llamamos a ese Attis de quien sus escritos apuntan y demuestra que nació en Frigia, que sufrió ciertas cosas, y que también hizo ciertas cosas? ¿A quien todos los teatros conocen en actuaciones ridículas, a quien vemos durante ceremonias sagradas, especialmente anuales?, ¿suceden cosas divinas en su nombre? ¿Ha pasado el uso figurativo de su nombre del sol a un ser humano, o de un ser humano al sol? Pues si ese nombre ha existido originalmente para el sol, ¿a qué viene ese sol de oro?, después de todo, debido al hecho de que comúnmente has empezado a usar esa palabra para ese medio hombre”.

La identificación de Attis con el dios Sol ocurre repetidamente en los escritores de los siglos tercero y cuarto. La culminación del culto solar se encuentra en el neoplatónico *Macrobius* (400 dc.), presumiblemente un africano, quien en un simposio con motivo de las saturnales, entra en una elaborada e inteligente discusión sobre

Cibeles y Attis, defendiendo que Adonis, Attis, Osiris y Horus son simplemente otros nombres para el dios Sol (*Saturnales I, 21, 7 – 11*)

“¿Quién dudaría de que la Madre de los Dioses debe ser considerada como la tierra? Esta diosa es atraída por leones, animales, llenos de impetuosidad y ardor (cualidades del cielo, que bajo su bóveda contiene el aire que transporta la tierra). Al sol, bajo el nombre de attis, le asignan una caña. La caña muestra una serie de agujeros desiguales, porque los vientos, en los cuales no existe igualdad, derivan su fuerza del sol; el personaje del pastor simboliza el poder del sol, por el cual todo está controlado. Lo que prueba principalmente que las ceremonias se refieren al sol, se puede deducir del hecho de que, de acuerdo con su tradición religiosa, el descenso ha tenido lugar y el pretendido duelo ha terminado, el comienzo del regocijo se celebra ocho días antes de la kalendas de abril. Este día llamado la Hilaria (período en el cual el sol hace que el día sea por primera vez más largo que la noche)”.

Esta teoría es similar a la encontrada en Salustio, En muchas obras de arte antiguas no se duda en representar a Cristo como el sol. A principios del siglo III d.c., Hippolytus, obispo de Roma, refutó a varias sectas cristianas (*refutationes V, 9*). Él discute a la sociedad gnóstica de Naassenes, adoradores de Nahash (= hebreo: serpiente), que habían interpretado a Attis según su propia doctrina, porque "pensaron de esta manera poder penetrar más profundo en la esencia del misterio".

“De Attis cantaré, del hijo de Rea, no sonando sus alabanzas con tambores rodantes, ni en la caña, ni con el rugido, de los Curetes de Ida, Pero como la Musa de *Phoebus* en la lira. Voy a mezclar las cepas. Euhoi, Euhan, él es Pan, él es Baco, él es el pastor de la constelación blanca”.

Todas estas evidencias revelan una tendencia a agregar teorías cada vez más complicadas sobre el culto frigio en el devenir del tiempo. Pero esta actitud se expresa también en otros cultos místicos. Mediante su política los neoplatónicos intentaron tenazmente hacer que la figura de Attis fuera más aceptable, pero no tuvieron éxito. El dios pastor, que siempre había sido difícil de aceptar, se convirtió en un objetivo inevitable para los cristianos. Sin embargo, las danzas salvajes y la castración, hicieron sentir su influencia en la secta cristiana de los montanistas, llegando incluso a la castración de muchos monjes que querían retirarse a un mundo exclusivamente espiritual (Para saber más sobre este tema consultar la obra de Wolfgang Schepeleern *Der Montanismus und die phrygischen Kulte* de 1919 o la obra más reciente de William Tabbernee *Prophets and Gravestones: An imaginative History of Montanists and Other Early Christians* de 2009).

Por razones psicológicas, la imagen de la Gran Madre misma, a menudo maltratada por su intimidad con Attis, ha permanecido intacta, y en muchos lugares donde Cibeles fue adorada han surgido santuarios a la Virgen María.

CONCLUSIONES

Una vez analizada toda la información de que disponemos y que hemos presentado en los apartados anteriores, podemos asegurar que el culto a la diosa Cibeles es único y que está muy presente en el mundo antiguo, ya desde épocas muy tempranas como sería el siglo VII a.c. y que tiene una perduración como culto oficial hasta ya

entrado el S. IV d.c., cuando Teodosio I “El grande”, decidió que el Cristianismo se convirtiera en la religión oficial del imperio romano, prohibiendo el resto de cultos.

Hay gran cantidad de estudios realizados con respecto a los cultos místicos y a Cibeles que me han permitido obtener una visión muy clara sobre este culto.

Un aspecto importante a destacar, es el que concierne a la llega de la diosa a Roma, ya que se produjo en un momento de necesidad máxima por parte de los romanos, que buscaron en esta figura la ayuda que no les habían proporcionado sus dioses. Gracias a esto, la diosa Cibeles fue reconocida como la *Magna Mater* y obtuvo un papel fundamental en el panteón romano.

Otro punto importante a comentar, es que no únicamente vino Cibeles a Roma, sino que con ella llegó todo un sistema religioso que estaba ya formado y que tenía sus propios sacerdotes, los *galli*, y también vino la figura de Attis, otra divinidad frigia (aunque esta figura no tuvo tan buena aceptación como si la había tenido en su momento la diosa Cibeles).

Hay que decir que los rituales que vinieron aparejados a la diosa Cibeles, fueron transformándose a lo largo del tiempo debido a las costumbres romanas, ya que en un principio debido al proceso de la eviración, se prohibió a los ciudadanos romanos convertirse en sacerdotes de este culto, ya que este ritual no estaba bien visto, debido a la emasculación a la que se sometían sus adeptos. Poco a poco a lo largo de los siglos, los emperadores romanos (sobre todo Antonino Pío), fueron dándole mayor protagonismo, permitiendo ya que los ciudadanos romanos pudieran entrar a formar parte de este culto, pero esta tendencia empezó a cambiar a partir de finales del S. III d.c. con la llegada de Constantino y finalmente en el S. IV d.c., cuando Teodosio promulgó el Edicto de Tesalónica que ponía fin a este culto, destruyéndose en muchos casos sus templos.

Con respecto a sus representaciones, hay que decir que este culto está representado en multitud de soportes, estatuas, epígrafes, utensilios cotidianos, monedas, etc... lo que hace ver la gran y rápida difusión que tuvo.

Aunque el núcleo central del culto se encontraba en Pesinunte y luego tiempo más tarde en Roma, este movimiento religioso tuvo una gran difusión que lo transporto a todos los rincones del Imperio, incluida la provincia de Hispania, como documentan los restos epigráficos que se han encontrado. El apogeo de este culto en Hispania se produjo durante el período de los Antoninos y se deduce que continuó hasta finales del S. IV y principios de V d.c. Pero en cuanto a los lugares de culto, existen grandes dificultades a la hora de interpretar como posibles santuarios metróacos algunas de las evidencias conservadas. De hecho, aún no se han hallado restos arquitectónicos que puedan ser interpretados con seguridad como templos dedicados a la *Magna Mater*.

A modo de valoración final, podemos decir que si bien el culto a Cibeles no gozó de tanta fama como si tuvieron otros cultos orientales como Isis o Serapis, si tuvo más importancia, de la que tradicionalmente se le ha atribuido.

Como dije en la introducción, mi objetivo principal era explicar de una forma sintética y ordenada este culto místico tan interesante. Para alcanzar este objetivo me

he encontrado con algunas dificultades. La primera era decidir qué información tratar y cual eliminar, ya que los trabajos existentes al respecto de este tema son abundantes. Tras una valoración general, seleccione aquella que creí que más me ayudaría a poner en claro este estudio.

Otro problema con el que he tenido que lidiar, ha sido la falta de fuentes en castellano, ya que casi todas están en inglés, francés o alemán y la mayoría de las que están en castellano sólo tratan el culto a Cibele dentro del territorio hispano.

En definitiva, lo que puedo decir, es que esta síntesis que he realizado, me ha llevado a comprender mejor y tratar de exponer de forma ordenada las características que rodeaban a este culto misterioso. Pero sobre todo he podido descubrir la gran riqueza, tanto intelectual como arqueológica, que rodea a este culto, y poder entender finalmente la atracción que produjo en la sociedad romana esta divinidad.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS ACTUALES

Alvar Ezquerra, J. 2001: *Los misterios: Religiones “orientales” en el imperio romano*. Crítica. Barcelona: 169 – 216.

Alvar Ezquerra, J. 2002: Fantasía y realidad, Cibeles en Carmona. Problemas historiográficos de un monumento funerario, *ARYS*, nº5. Madrid: 87-97.

Alvar Ezquerra, J., Martínez Masa, C. 1995: *Cristianismo primitivo y religiones místicas*. Cátedra. Madrid: 435.

Angus, S. 1986: *Mystery religions and Christianity: A study in the religious background of Early Christianity*. Paperback. Londres.

Bailey, C. 1957: Roman Religion and the Advent of philosophy. *Cambridge Ancient History VIII*. Cambridge: 423 – 464.

Barrow, P.H.; 1973: *Prefect and Emperor. The relations of Symmachus*. AD. Oxford: 384.

Bartoli, A. 1958: *Tracce di culti orientali sul Palatino imperiale*. Rendiconto della Pontificia Accademia Romana di archeologia. Roma: 13 – 50.

Bastet, F. L.; 1958: *De datum van het grote hypogeum bij de Porta Maggiore*. Leiden.

Bayet, J. 1984: *La religión romana: historia política y psicológica*. Ediciones cristiandad. Madrid: 17.

Beard, M. 1998: *Images de la castration ou Attis à Ostie*. Hommages Bayet. París: 3-12.

Beaujeu, J. 1955: *La religión romana à l'apogée de l'Empire*. Hommages Bayet. París.

Beaujeu, J. 1964: *La religión de la clase senatorial à l'époque des Antonins*. Hommage Bayet. París: 54 -75.

Bendala Galán, M. 1976: *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla: 49 – 72.

Borgeaud, P. 1996: *La Mère des dieux: De Cybèle à la Virge Marie*. Éditions du Sevil. París.

Brown, P. 1972: *Religion and Society in the Age of Saint Augustine*. Faber and Faber. Londres: 352.

Calza, G. 1946 – 1947: Il santuario della Magna Mater a Ostia. *Mempoint Acc seri 3, VI*. 183 – 205.

Carcopino, J. 1926: *La Basilique pythagoricienne de la Porte Maggiore*. Éditions du Sevil. París.

Carvajal, J. 1977: *Historia del Antiguo continente*. Editorial Norma. Cali: 56.

De Cora, J. 2014: *La navaja inglesa*. Tropo editores. Madrid.

- Den Boer, W. 1955: Religion and literatura in Hadrian's policy. *Mnemosyne* 8. Manchester: 123 -144.
- Dill, S. 1956: *Roman Society from Nero to Marcus Aurelius*. Macmillan and Co. Nueva York.
- Dill, S. 1958: *Roman Society in the last century of the western empire*. Macmillan and Co. Nueva York.
- Downey, G. 1969: *The late Roman empire*. Paperback. Londres.
- Duthoy, R. 1969: *The Taurobolium: it's evolution and terminology*. EJ Brill. Leiden: 60 – 62.
- Fear, A. T. 1990: Cybele and Carmona, *AEA*, nº 63. Madrid: 95-108.
- Ferguson, J. 1970: *The religions of the Roman empire*. Thames and Hudson. Londres y Southampton: 13 – 32.
- Fishwick, D. 1966: *The Cannophori and the March Festival of Magna Mater*. TAPA 97. Londres: 193 – 202.
- Fiswick, D. 1967: *Hastipheri*. JRS 57. Londres: 142 – 160.
- Gage, J. 1968: *Basiléia. Les Cèsars, les rois d'Orient et les Mages*. Bibliotheque des Ecoles françaises. París.
- García y Bellido, A. 1967: *Les religions orientales dans l'Espagne romaine*. E. J. Brill. Leiden.
- Garzetti, A. 1974: *From Tiberius to the Antonines*. Paperback. Londres: 106.
- González Serrano, P. 1994: La Diosa Cibeles Nous de Madrid. Historia e Iconografía. *Actas del congreso "Madrid en el contexto de lo hispánico desde la época de los descubrimientos"*. Madrid: 429 – 448.
- Grimal, P. 1972: *Le de Clementia et la royauté solaire de Nerón*. CRAI. Lyon: 225 – 231.
- Hanson, J.A.; 1959: Roman theatre – temples. *Princeton Monographs in art and archeology nº 33*. Princeton: 82.
- Heras Mora, F.J. 2011: *Un edificio singular de la Mérida tardorromana: un posible centro de culto metróaco y rituales taurobólica*, Ataecina, Instituto de Arqueología, Mérida: 83.
- Heras Mora, F.J., Bustamante Álvarez, M., Aranda Cisneros, J.A., 2012: Figurillas femeninas en hueso. Función y contexto de un tipo particular de amuleto romano en Lusitania, *Habis*, 43, Universidad de Sevilla. Sevilla: 177-212.
- Lambrechts, P. 1952: Les fêtes "phrygiennes" de Cybèle et d'Attis. *Buletin de l'institute historique belge de Rome* 27. Amberes: 141 – 170.

- Lambrechts, P. 1962: *Attis: Van Herdersknaap tot God*. Vlaamsr akademie. Bruselas. Criticado en North, J.A.; 1965: *The journal of Roman studies* 55. Cambridge: 278 – 291.
- Lambrechts, P. 1967: *Attis en het feest der Hilariën*. Amsterdam.
- Lancellotti, M. G.; 2002: *Attis, Between Myth and History: King, priest and God*. Brill. Leiden – Boston – Colonia: 75 – 84.
- Lane, E.N.; 1996: Cybele, Attis and related cults. *Religions in the graeco roman world* 131. Leiden y Colonia.
- Loisy, A. 1919: *Les Mystères païens et le mystère chrétien*. Smile Nourry editeur. París
- Marco Simón, F. 1997: ¿Taurobolios Vascónicos? La vitalidad pagana en la Tarraconense durante la segunda mitad del s. IV. *Gerión* 15. 297 – 319.
- Marrou, H. 1958: *Saint Augustin et la fin de la culture Antique*. Bibliothèque des Ecoles françaises. París.
- Mastrocinque, A. 2009: *Des Mysterès de Mithra aux Mystères de Jesús*. Franz Steiner Verlag. Stuttgart.
- Matthews, J.F.; 1973: Symmachus and the oriental cults. *The journal of Roman studies, society for the promotion of roman studies* 63. Cambridge: 175 – 195.
- Mitchell, S. 1995: *Anatolia: Land, men and gods in Asia Minor*. Clarendon press. Oxford.
- Momigliano, A. 1963: *The conflict between Paganism and Christianity in the fourth century*. Hardcover. Oxford.
- Munilla, G., 1979-1980 Una estatua representando a la diosa Cibeles, hallada en la villa romana de Els Antigons, Reus, *Pyrenae: revista de prehistòria i antiguitat de la Mediterrània Occidental*, Nº. 15-16. Reus: 277-286.
- Nock, A.D.; 1972: *Essays on Religion and the ancient world*. Z. Stewart editions. Oxford.
- Picard, C. 1935: *Manuel d'archeology grecque I*. París: 448.
- Puente, M.A.; 2008: *Cibeles, una emigrante asiática* Aspur. Madrid: 13- 16.
- Rizzo, G. E.; 1936: Le pittre del `Aula Isiaca di Caligola. *Mon Piot III*. Roma.
- Rodríguez Colmenero, A. 1992: Culto a las aguas y divinidades orientales en el Lugo romano: los posibles santuarios de San Roque y Bóveda, *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia antigua*, Nº 5, Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED: 309-336.
- Roller, L.E.; 1999: *In search of God the Mother. The cult of Anatolian Cybele*. ANRW. Berkeley – Los Ángeles – Londres.
- Sanders, G. 1977: *Gallus*. RAC. Londres.

- Scheid, J. 1991: *La religión en Roma*. Ediciones Clásicas. Madrid
- Scheplern, W. 1929: *Der Montanismus und die phrygischen Kulte*. Tübingen.
- Squarciapino, M. F.; 1962: *Il culti Orientali ad Ostia*. E.J. Brill. Leiden.
- Tabbernee, W. 2009: *Prophets and Gravestones: An imaginative History of Montanists and Other Early Christians*. Peabody MA. Hendrickson.
- Thomas, G. 1984: *Magna Mater and Attis*. ANRW. Londres: 1500 – 1535.
- Toullieux, P. 1936: L'apocalypse et les cultes de Domitien et de Cybèle. *Revue des Etudes Anciennes* 38. París: 116 – 117.
- Vermaseren, M.J.; 1977: *Cybele and attis: The myth and the cult*. Thames and Hudson. Londres.
- Vermaseren, M.J., 1986: *Corpus Cultus Cybelae Attidisque, Vol. V: Aegyptus, Africa, Hispania, Gallia Et Britannia*, E.J. Brill. Leiden: 62.
- AUTORES ANTIGUOS
- Apuleyo: *Metamorfosis VIII*, 27, 28. Gredos. 1996. Trad. Jacinto de la Vega y Marco.
- Aurelio Victor: *De viris illustribus* 46. Real Academia de las letras de Sevilla. 1817. Trad. Agustín Muñoz Álvarez.
- Arnobius, *Adversus Nationes V*, 42. BAC. 2003. Trad. Clara Castroviejo Bolívar.
- Cátulo, *Poemas LXIII*. Gredos. 1993. Trad. Alberto Soler Ruíz.
- Cicerón, *Las leyes II*, 14, 35. Alianza Editorial. 1989. Trad. Juan Domínguez de Mendoza.
- Clemente de Alejandría, *Protréptico II*, 15, 3. Gredos. 2008. Trad. María Consolación Istar Hernández.
- Firmico Materno, *De errore profanarum religionum XVIII*, 1. Gredos. 2009. Trad. Consuelo Álvarez.
- Hipólito de Roma, *Refutationes V*, 9. Biblioteca de patristica. 2012. Trad. Francisco Antonio García Romero.
- Luciano de Samósata. Sobre la diosa Siria XLIV. *Obras Vol.3*. Gredos. 1990. Trad. Juan Zaragoza Botella.
- Macrobius, *Saturnales I*, 7, 21. Gredos. 2010. Trad. Fernando Navarro Antolín
- Ovidio, *Metamorfosis X*, 570 – 704. Cátedra. 1995. Trad. Consuelo Álvarez y Rosa María Iglesias.
- Prudencio, *Peristhepanon X*, 1006 – 1050. Gredos. 1997. Trad. María José Bayo
- Teodosio I: *Código teodosiano XVI*, 1,2. Enciclopedia Labor. 1988.
- Tito Livio: *Ab Urbe Condita XXV*, 1, 6. Gredos. 2010. Trad. Antonio Diego Duarte Sánchez.

Tito Livio: *Ab Urbe Condita XXIX, 10, 4*. Gredos. 2010. Trad. Antonio Diego Duarte Sánchez.

Salustio, *De diis IV, 10*. Cátedra. 1998. Trad. Rosa María Iglesias.

San Agustín de Hipona, *Confesiones I, 4, 14*. Gredos. 2010. Trad. Alfredo Encuentra Ortega.

San Agustín de Hipona, *Ciudad de Dios II, 4,7; VI, 7; VII, 25, 26, 27, 28*. Gredos. 2007. Trad. Carmen Guerra de Hoyos, Mariano Pérez Humanes y Carlos Tapia Martín.

San Juan, *Revelaciones XIII, 2, 15, 16, 18*

Valerio Máximo: *Hechos y dichos memorables I, 1, 9*. Akal. 1988. Trad. Fernando Martín Acera.

Zósimus: *Historia Nueva V, 38*. Gredos. 1994. Trad. Jose María Candau Morón.